

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 473.

SUMARIO.

Advenimiento de S. M. el rey de Portugal; grabado. — Catalina de Aragon. — Estudio físico y moral del perro; grabados. — Revista de Paris. — Suicidio. — Mas pormenores sobre la última erupcion del Vesubio; grabado. — En verso y prosa. — Apuntes de un viaje á España; grabados. — Un año de matrimonio. — Revista de la moda. — El Poeta anónimo de la Polonia; grabado. — Incendio del presidio marítimo en Tolon; grabado.

Catalina de Aragon

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA.

POR LA Sra Da MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Conclusion.)

Llevaba sus abundantes cabellos recogidos en gruesas trenzas y sobre ellos un velo de blonda negra : sobre su pecho lucía una cruz de perlas pendiente de un delgado collar de oro, que rodeaba su garganta.

La jóven duquesa de Sommerset no habia perdido

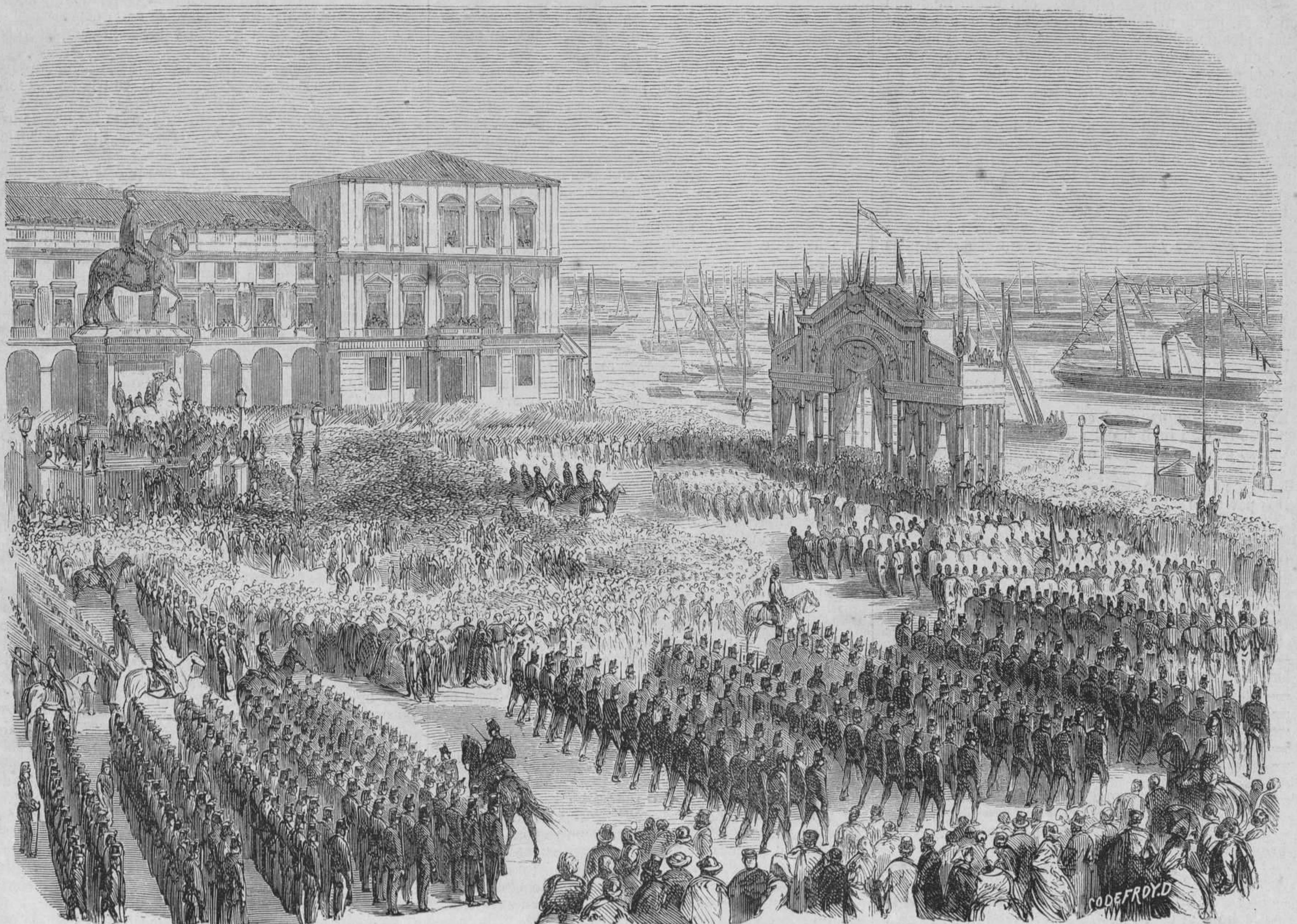
nada de la pura belleza que la adornaba cuando niña.

Por respeto á la reina, no habia querido vestirse de terciopelo como ella, y se habia puesto un largo traje de seda, negro y liso, con un velo negro tambien.

Entre aquel sombrío vestido se destacaba su angélico rostro, blanco y trasparente como el nácar, sus grandes ojos azules y los dorados y espesos rizos de su cabellera rubia.

Maria, la esposa de Edmundo, era de menos estatura que la reina y mucho mas delgada : solo contaba veinte y cinco años ; pero la suavidad, armonia y perfeccion de sus facciones la hacian aparentar algunos menos.

Mas pálida y mas abatida que la reina, se quedó,



Advenimiento de S. M. el rey de Portugal : ceremonia en la plaza del Comercio en Lisboa.

según dije ya, algo detrás, y con su tímida mirada cubierta de lágrimas observó la fisonomía del rey y de los jueces.

Mas ¡ay! aquella rápida ojeada le dijo bien claro que nada podía esperar la pobre reina de aquellos duros corazones, y que su desgracia estaba decidida y premeditada de antemano.

— ¿Cómo os llamais? preguntó el cardenal Campegio á la reina que permanecía tranquila é inmóvil.

Pero aquella digna y esforzada mujer nada respondió; se adelantó algunos pasos y se arrodilló á los pies del rey.

— Señor, dijo despues con voz triste y penetrante, soy mujer y extranjera; nada espero de la rectitud de mis jueces; al dejar mi patria, todo mi recurso contra la ambición y la maldad ha consistido en mi union con V. M. ¿En qué he podido ofenderos? ¿Porqué se me ha obligado á venir aquí?

El carmin de la vergüenza cubrió la adusta frente del rey de Inglaterra al oír aquellas preguntas: no obstante, hizo un esfuerzo y pudo contestar con voz balbuciente:

— Yo siento mas que vos, señora, el duro extremo á que vuestra obstinación os ha conducido: quería ahorráros la mengua de comparecer ante un tribunal, y por eso os hice aconsejar una separación amistosa y secreta en lo posible; pero habeis persistido en ser mi esposa cuando mi conciencia me obliga á romper el lazo que nos une: ya sabeis que se os acusa de haber consumado el matrimonio con mi hermano Arturo, el difunto príncipe de Gales.

Al oír expresarse al rey con tanta impudencia; al verle olvidar el decoro y dignidad real hasta el extremo de convertirse en acusador, y de una culpa tan repugnante como falsa, los mas encarnizados enemigos de la reina se miraron ruborizados: el mismo Edmundo, que formaba parte del consejo de Estado, bajó la cabeza confuso y los legados del papa miraron absortos al rey.

En cuanto á la reina, nada dijo: pero dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas y elevó al cielo sus ojos, como poniéndole por testigo de aquella afrenta.

El silencio se prolongaba tanto, que uno de los consejeros creyó de su deber tomar la palabra.

— ¿Señora, dijo, nada tiene V. A. que decir en su defensa?

Catalina no respondió: en tan odioso tribunal cada palabra era un agravio para ella, y aun la frase mas mesurada y respetuosa debía herirla de muerte.

Así fué que volvió de nuevo su pálido semblante y sus tristes ojos hacia el rey.

— Señor, dijo con voz alterada, con nadie mas que con V. M. puedo ni debo hablar aquí: mi esposo es mi igual: ¡los demás son mis vasallos, vasallos traidores que han empezado quitándome el título de reina que debo al cielo y á vuestra voluntad! ¡Señor, ignoro en qué he podido merecer el duro tratamiento que V. M. me hace experimentar, y ya que debo pasar por el amargo trance de tan vergonzosa justificación, señor, apelo á Dios y á vuestra conciencia que he entrado virgen en vuestro tálamo y que mi union con el príncipe Arturo no ha pasado de la simple ceremonia del matrimonio!

La voz de la reina se apagó aquí: quedóse como absorta ante la mengua que se la imponía: palideció como un cadáver y cerró los ojos como si sus pupilas no pudiesen soportar la luz.

Peró el rey, pasado ya el primer momento de natural rubor, había reflexionado y no estaba dispuesto á volver á anudar un lazo que tanto le pesaba. Hizo una seña al cardenal Wolsey y este dijo en alta voz:

— ¡Los testigos!

Dos ancianos, vestidos severamente de negro, se adelantaron deteniéndose á alguna distancia del tribunal.

Eran lord Douglas y el conde de Argile, gentileshombres en otro tiempo del príncipe Arturo.

Detrás de estos entraron otros dos igualmente enlutados.

Eran los condes de Pembroke y de Ludwig.

Dos personas faltaban en aquella tenebrosa conspiración, urdida para arrojar del trono á una desgraciada mujer.

Eran el duque de Sommerset y el obispo de Warham á quienes Dios había ya llamado á su terrible tribunal.

Ni uno ni otro de aquellos ambiciosos ancianos contaban con que el favor de Catalina durase veinte años.

Peró ¡ay! ¡la tumba se había abierto á sus pies antes de lograr el fruto de su ambición!

— ¿Cómo os llamais? preguntó el cardenal Campegio á lord Douglas.

— Jorge Augusto Douglas, respondió el interrogado.

— ¿Vuestra edad?

— Cuarenta y ocho años.

— ¿Vuestra profesion?

— Ninguna: soy conde soberano de Newton y de Douglas.

— ¿Recordais, señor conde, dónde se hallaba vuestra gracia hoy hace veinte años, cinco meses y siete días?

— Me hallaba sirviendo de gentil-hombre á S. A. R. el príncipe difunto Arturo de Gales.

— ¿Recuerda asimismo vuestra gracia lo que hizo S. A. aquel día?

— Lo recuerdo bien: permaneció todo el día acostado en su lecho y al caer la tarde, habiéndole dejado solo un instante, desapareció de su habitación.

— ¿A dónde fué?

— ¿A la de su esposa, la princesa Catalina?

— ¿Se halla aquí S. A. R. la princesa Catalina?

— Está presente, dijo el conde con mal segura voz y señalando á Catalina que, con las manos cruzadas y la cabeza caída, parecía rogar por el alma de aquel Arturo, cuyas cenizas se estaban profanando.

— Se hallaban solos SS. AA. RR.? tornó á preguntar el cardenal.

— Solos, respondió lord Douglas, pero con voz tan temblorosa que en la parte de sala ocupada por el pueblo, se levantó un sordo murmullo.

— ¡Mentís! gritó la voz vibrante de una mujer.

Todos se volvieron asombrados, y vieron á la duquesa Emma, que con las mejillas encendidas de indignación se adelantaba hacia el tribunal.

Edmundo palideció al ver á su madre, y todos los jueces se miraron con un asombro mezclado de terror.

XV.

— Sí: continuó la duquesa fijando sus ojos en lord Douglas, que la miraba con ademán de desafío: sí, mitor; ¡habeis mentido infamemente al decir que el príncipe Arturo halló sola á su esposa, puesto que yo la acompañaba y que no me separé de su lado, siendo como era su camarera mayor!

— Suplico al consejo que no haga caso de las palabras de esta infeliz señora, dijo el duque de Sommerset levantándose: es mi madre y está loca desde hace algunos meses.

— ¡Cómo!... ¡qué!... ¡qué dice!... murmuró la duquesa, como si no pudiese dar crédito á lo que oía y mirando á los presentes con aflictivo asombro.

— Retirad á su gracia y que sea conducida á su casa con todo respeto, dijo el rey á dos chambelanes que se adelantaron hacia la duquesa.

Peró esta, que había columbrado á la reina, corrió hacia ella y se arrojó á sus pies.

— ¡Señora! exclamó asiendo sus manos con desesperada angustia: señora, ¿ha oído V. M. á mi hijo?... ¡dice que estoy loca!... ¿no es verdad que no lo estoy? ¡Ah! decid que no lo estoy para que yo pueda salvaros... y luégo que me encierren, si les conviene, como á una insensata.

— ¡No, no estais loca, querida y desgraciada amiga! respondió Catalina, en cuyos abatidos ojos brilló un rayo deslumbrante de ternura y gratitud: ¡no estais loca!... repitió levantando á Emma que sollozaba, y estrechándola contra su pecho: ¡nunca, como ahora, he reconocido lo recto de vuestro juicio y lo grande de vuestra generosidad!

Los murmullos de descontento del pueblo crecieron en tanto que aquellas dos mujeres permanecían abrazadas.

Emma se separó por fin de los brazos de la reina, y dijo volviéndose á los circunstantes con solemnidad:

— En el nombre de Dios declaro, bajo juramento, que el día de la entrevista de SS. AA. RR. me hallaba yo al lado de la princesa Catalina, como su camarera mayor: que el príncipe Arturo cayó desmayado no bien entró y que lo hubimos de conducir á un sillón, en el cual permaneció sin conocimiento hasta que fué trasladado á su cámara por los condes de Argile y de Douglas: declaro también que mi hijo Edmundo, entonces de edad de ocho años, presenció desde la puerta de la cámara cuanto he dicho.

Volvió á reinar el silencio; pero la duquesa, que veía perdida á la reina, se adelantó hacia el estrado, cuyo costado izquierdo ocupaba su hijo, y asiéndole del brazo le sacudió con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz.

— ¡Habla! gritó; ¡habla, miserable! Tú recuerdas cuanto te he dicho, pues con frecuencia hablas de incidentes menos importantes de aquella época.

— ¡Llévase á su gracia! repitió el rey con voz terrible, al ver que el pueblo rujía alborotándose, como las olas del mar, ante la energía de aquella mujer.

— Una desgracia reciente la ha trastornado del todo, dijo Edmundo de modo que sus palabras pudiesen ser oídas.

Al escucharla, callaron los murmullos: aquella pérfida acusación tenía por objeto recordar las relaciones criminales de la duquesa, relaciones que, según de público se sabía, habían terminado por el abandono de su amante.

El severo pueblo inglés no podía olvidar aquel desliz de la pobre mujer, y los concurrentes creyeron que la desgracia á que aludía el duque era la decepción sufrida por su madre y que, en efecto, esta había perdido la razón por sus padecimientos morales.

A pesar de su resistencia, Emma fué sacada fuera de la sala del consejo.

Procedióse inmediatamente á interrogar á los otros tres testigos: el conde de Argile afirmó, con el juramento de costumbre, que la entrevista de los regios consortes había sido secreta, y lo mismo aseguraron los condes de Pembroke y de Ludwig.

La reina, obligada á presenciar estas odiosas declaraciones, permaneció inmóvil, pero no ya con la cabeza inclinada y el ademán abatido: pasados los primeros instantes de su dolor, alzó la frente y volvió á recobrar su imponente ademán para no volver á abandonarle.

Antes de que se la advirtiera que podía retirarse, envolvióse en su velo y salió con majestad de la sala del consejo, seguida de Maria.

Al verla desaparecer se inmutó visiblemente el semblante del rey: a pesar de la natural dureza, de la casi

ferocidad de su carácter, al ver roto el lazo que por espacio de tantos años le uniera á Catalina, sintió un pesar involuntario y casi supersticioso.

— Milores y señores, dijo levantándose y con la voz conmovida, debo rendir aquí un justo tributo á la virtud de la reina y al afecto que siempre me ha demostrado: jamás ha existido una esposa mas sumisa y tierna, una mujer mas virtuosa y ejemplar.

— ¿Quereis, señor, volver á la vida conyugal con la reina? preguntó uno de los legados á media voz: todavía es posible, pues he visto que los testigos estaban comprados, ó que los mueve solo una culpable ambición: volverán á declarar á favor de la reina, si esto les ofrece mayores ventajas.

— Nadie, como nosotros, conoce el afecto que V. M. ha profesado siempre á su esposa, dijo el conde de Ludwig; pero esta union es imposible, y sin duda, adivinándolo así, firmó V. M. esta protesta el día mismo de su casamiento.

Esto diciendo sacó el conde un rollo de pergamino y extendió ante los ojos de todos los presentes la protesta firmada veinte años antes por Enrique, cuando era solo príncipe de Gales.

Aquel corto razonamiento y la vista de la protesta dieron tiempo al rey para reponerse de la pasajera emoción que había experimentado.

— A pesar de mi tierno afecto hacia la reina, dijo, y del que siempre me ha profesado ella, insisto en la petición de mi divorcio por mi salvación eterna y por el bien del estado.

Dichas estas palabras, saludó y salió de la sala del consejo por la misma puertecilla por donde había entrado.

— ¡Ya cayó! dijo el conde de Pembroke con acento triunfante: Maria agrega á los suyos pingües estados.

— ¡Trabajo nos ha costado! añadió el conde de Ludwig, pero ya hemos arrojado del trono á esa altiva y grave matrona castellana: bajo el reinado de Ana, creceremos en favor y en poder. ¡Si mi hermano viviera!...

XVI.

Al día siguiente del juicio, los cardenales legados del papa visitaron á la reina en su cámara de la cual no salía hacia ya algunos días, oyendo misa en su propio oratorio.

Ambos prelados hicieron nuevas tentativas para vencerla de las ventajas y la tranquilidad que le proporcionaría una separación voluntaria, puesto que su matrimonio iba á ser disuelto de todos modos; pero la reina, con una firmeza heroica, se negó absolutamente y casi en los mismos términos que había empleado en sus anteriores negativas.

Dos días despues le quitaron á su hija la princesa Maria, de quien cuidaba por si misma con la mayor ternura.

Esta prueba fué la mas cruel de todas las que se impusieron á aquella desventurada princesa: sin embargo persistió en sus negativas, y dijo que lo hacia por el interés de su querida hija antes que por el suyo propio.

El mismo día de esta cruel separación volvieron á citarla ante el consejo de Estado; pero se negó á asistir y contestó que iba á apelar á la santa sede.

El proceso continuó, sin embargo: el número de los testigos, casi todos parientes de la nueva favorita Ana de Boulén, ascendió á treinta y siete, y de sus declaraciones compradas ó preparadas de antemano, resultó evidente la consumación del anterior matrimonio de Catalina.

Esta, como había ofrecido, apeló á la santa sede, y Clemente VII, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, hizo justicia á la desgraciada reina, saliendo en su auxilio con la mas grande energía.

Anuló la comision: llamó á Roma á los legados y avocó á si el proceso, reservándose la decision de él.

En el mismo día que se supo la resolution de Clemente VII, Catalina fué desterrada á un pueblo del condado de Bedford, donde la volveremos á encontrar.

XVII.

Moria en el Oriente el sol de un bello día de mayo, y sus últimos rayos se quebraban en las cabezas de dos mujeres sentadas junto á la ventana de un pequeño aposento.

Eran la reina Catalina y su joven y amable dama de honor Maria, condesa de Harlowe.

La habitación, amueblada con una modestia que rayaba en pobreza, era triste.

Muebles oscuros, cortinas muy usadas de lana, y algunos cuadros al oleo, de fondo negro y de formas casi borradas, eran todo el adorno de aquel aposento, asilo á la sazón de una mujer, hija, esposa y hermana de reyes.

Muchas hebras de plata se veían ya entre los luengos rizos castaños de Catalina: su traje era rico é iba adornado con joyas y encajes, pues hasta el día de su muerte vistió como debía hacerlo la reina de Inglaterra.

Maria llevaba un traje blanco y un cinturón azul como sus ojos.

Apoiada en el respaldo del sillón de la reina, que parecía meditar hondamente, la joven quería hacer, á no dudarlo, alguna pregunta, que no se atrevían á formular sus labios.

Dos ó tres veces miró hacia la misera calle de la aldea, á donde caía la ventana, y luego sus ojos se volvían á los cuadros y á la reina con expresion de angustia y duda.

Decidióse al fin á salir de ella y preguntó á Catalina: — Señora... ¿ vino el mensajero que mi padre me anunció? Perdona V. M., pero...

Estremeciéndose la reina, como si la hubieran despertado de un profundo sueño y contestó:

— Conozco tu interés por mi, querida María; perdona que nada te haya dicho: el mensajero vino.

— ¿ Trajo buenas nuevas?

— ¡ Buenas nuevas! repitió Catalina con una sonrisa tristísima, pero en la cual no se advertía el rastro mas leve de amargura: ¿ puedo yo esperarlas ya?

— ¡ Quién sabe, señora!

Meció la reina la cabeza con desaliento y respondió:

— El enviado ha sido tu esposo: ¿ aguardas aun, hija mia, nada bueno para mí?

— ¡ Ah, señora! ¿ Con que era él!

— Sí: era él que ha venido de parte del rey á ofrecerme el título, honores y derechos de princesa de Gales, si abandonaba mi apelacion á la corte pontificia.

— ¿ Y qué ha contestado V. M.?

— Me he negado á ello.

— ¡ Oh, qué heroica firmeza! exclamó la jóven con los ojos llenos de lagrimas.

— Soy la esposa legitima de Enrique VIII, dijo Catalina: soy reina de Inglaterra, y jamas cederé mis derechos mientras la santa sede no me despoje de tan alta dignidad por una sentencia definitiva: otra cosa he sentido mas, continuó la reina, cuyas nobles facciones se alteraron profundamente: se me ha anunciado tambien de parte del rey que si cedía, recaería la sucesion del trono en mi hija, y que de obstinarme en mi rebeldia, seria declarada ilegítima.

— ¿ Y tampoco esa consideracion obligará á ceder á V. M.?

— Ninguna será capaz de hacerme degradar de mi dignidad y la de mi hija, quien llegará un dia en que bendicirá mi constancia y mi memoria.

Las palabras de la reina fueron seguidas del ruido de un carruaje.

Acercóse María á la ventana, y en el mismo instante el carruaje, que era de camino y venia muy empolvado, paró á la puerta de la casa.

Uno de los lacayos abrió la portezuela, y la duquesa Emma saltó al suelo y se lanzó á la escalera, que subió rápidamente.

A pesar del carácter severo de la reina y de la etiqueta de que constantemente estaba rodeada, Emma no esperó á que se la anunciase y entró en la cámara.

Su palidez y la angustia que se pintaba en sus facciones asustaron á Catalina, no obstante su entereza y valor.

— ¿ Qué hay, madre mia? preguntó María á la madre de su esposo; ¡ hablad, hablad por Dios!

— ¡ Señora, animo! murmuró la duquesa con voz alterada.

— ¿ Ha muerto... mi hija? articuló débilmente Catalina, palida como un cadaver.

— No, no, vive y está buena.

— ¿ Ha muerto mi esposo?

— ¡ Ah! señora...

— ¡ Habla... habla... que me matas!

— ¡ Ya no tiene esposo V. M.!

— ¡ Enrique ha muerto!... gritó la reina con un acento arrancado de su alma.

— ¡ Ah! ¡ mas valiera que hubiera muerto!... No, el rey vive... pero hace tres dias que ha hecho pronunciar al obispo de Cantorbery la sentencia que anula su enlace con V. M. ¡ Sí, mas valiera que hubiese muerto!

La reina se desplomó en su asiento: un sordo gemido se escapó de su pecho: cayó hacia atrás su cabeza y se cerraron sus ojos.

Mas pronto la fortaleza de su alma dominó la agonía mortal de su dolor: levantóse rígida y severa, y dijo con voz firme mirando á la duquesa:

— ¡ Vasalla, has osado desear la muerte de tu señor! Cruel ó piadoso, esposo mio ó de otra, padre ó verdugo de mi hija... de rodillas y repite conmigo... ¡ Dios guarde al rey!

— ¡ Dios guarde al rey! repitieron las dos mujeres cayendo de rodillas á los piés de la heroica reina.

Está elevó al cielo una mirada triste, tendió su mano á Emma y á María para que se levantasen, y luego se encerró en su gabinete y se arrodilló ante su reclinatorio y sobre el duro suelo para orar.

XVIII.

El mismo dia que se anuló el matrimonio de Catalina con Enrique VIII, se ratificó el que seis meses antes habia contraído clandestinamente este rey con Ana de Boulon.

La precipitacion del rey, además de su impaciencia por deshacerse de Catalina, tenia otra causa. Ana de Boulon se hallaba ya en cinta de cinco meses, y todo cuanto concernia á su primera esposa y á su primera hija, era ya odioso para aquel cruel monarca.

Condújose á la reina Catalina al castillo de Kimbalton, y no bien instalada en él, se le notificó de parte del rey y oficialmente, que habia dejado de ser su esposa, y que no podia conservar otro título ni otras rentas que las de *Princesa viuda de Gales*. Lord Montjoye se encargó de aquella odiosa notificacion, y redactó un expe-

diente de su conferencia con la reina. Catalina tomó el documento y borró por su propia mano todos los periodos en que se le daba el tratamiento de *princesa*, sustituyendo á este el de *reina*.

El 22 de mayo de 1534 revocó la corte pontificia la sentencia de divorcio que la de Inglaterra formuló un año y tres dias antes; mas esta severa decision de Clemente VII, si bien consoló á Catalina, no pudo mejorar su triste situacion.

Enrique VIII negó la obediencia al papa, é hizo que el Parlamento le declarase cabeza de la Iglesia anglicana (1); y el mismo monarca que habia señalado su reinado escribiendo un libro contra las heregias de Lutero, el mismo que habia merecido que el papa Leon X le llamase *Defensor de la fe*, atrajo sobre si y sus pueblos la excomunion de la corte de Roma.

Encarcelada la reina en el castillo de Kimbalton, empezó una cruel persecucion contra todos los que directa ó indirectamente se habian interesado por ella: muchas ilustres cabezas fueron segadas por la mano del verdugo, y cada nueva victima que caía abría una nueva herida en el corazon de Catalina.

Esta infortunada princesa trató de distraerse de su dolor, y á este efecto compuso dos obras piadosas de gran mérito: titúlase la una *Meditaciones sobre los Salmos*, y la otra *Tratado de los lamentos de los pecadores*.

XIX.

Eran las diez de la mañana del dia 6 de enero de 1536.

En la cámara que ocupaba Catalina en el castillo de Kimbalton se hallaban reunidas cinco personas.

Una de ellas era la reina.

Estaba acostada en un gran lecho esculpido, situado en un dormitorio sostenido por columnas, y su palidez y la demacracion de su rostro eran espantosas.

Dos años habian pasado desde que el rey, su esposo, habia anulado su matrimonio: y la enfermedad mortal que ya antes de esta época habian desarrollado en ella sus sufrimientos morales, habia llegado á su último grado.

Las alteradas facciones de Catalina tenian el sello de la muerte.

Su camisa, de rica holanda guarnecida de encajes, subía á cerrarse castamente en su garganta, aun torneada, blanca y hermosa.

Su gorra de noche, tambien guarnecida de encajes, dejaba ver dos apretadas trenzas de cabellos del todo canos, mas por los pesares que por la edad, pero suaves y espesos como si ni los años ni las penas hubieran podido robarles su graciosa finura y sus naturales ondulaciones.

En cambio las cejas de la reina y sus largas pestañas conservaban el mas hermoso color castaño, y guarnecian sus ojos llenos de ternura y de expresion.

Toda una vida pura, irreprochable, santa, se veía escrita en aquella adorable fisonomia, alterada ya por los últimos dolores de la vida y por los de una apenada muerte.

Era el lecho que ocupaba la reina muy bajo: junto á él se hallaba arrodillada y llorando una niña que contaría unos diez años de edad.

Era la princesa María.

Las otras tres personas que ocupaban la cámara eran Emma, María y un sacerdote, que se habian retirado un poco para no molestar á la reina en aquella última entrevista con su hija.

María era pequeña para su edad y muy delgada; pero su semblante presentaba un tipo en extremo delicado y hermoso.

Llevaba un traje de gran riqueza, y sus espesos rizos rubios se escapaban de una redcecilla de perlas.

— Hija mia, decia la reina con voz débil; ¿ no quieres prometerme lo que te pido?

— No puedo, madre, respondió sin dejar de llorar: yo quiero matar á mi hermana... porque es hija de esa mujer que ocasiona vuestra muerte.

— No, hija mia... es Dios que me llama á su lado, contestó con dulzura la reina: perdónala... María. Si algun dia subes al trono de Inglaterra, sé piadosa... ese es el mas bello atributo de los reyes.

María no contestó; y su madre al ver que permanecía inmóvil y silenciosa, la llamó suavemente.

Entonces acudieron Emma y María y levantaron á la princesa que estaba desmayada.

El dolor le habia quitado el conocimiento.

Catalina estrechó contra su pecho el cuerpo inanimado de su hija, y mandó despues que la sacaran de la cámara.

La duquesa la tomó en sus brazos, y un instante despues se oyó el ruido de un coche que se llevaba á la princesa con su aya.

El dolor de aquella separacion acabó de agotar las ya exhaustas fuerzas de la reina, que palida como un cadaver, se desplomó sobre las almohadas.

Mas algunas gotas de cordial la reanimaron un poco, y pidió recado de escribir, por un esfuerzo heroico de su voluntad.

El confesor la sostuvo, y Catalina escribió con suma dificultad esta carta (2) dirigida al rey.

« Señor: Llegó mi última hora: el afecto que os he profesado y que todavía os conservo, me impele á exhortaros para que atendais á la salvacion de vuestra alma, que debe ser preferida á todas las consideraciones

del mundo: consultando estas únicamente me habeis sumergido en las mayores desgracias y habeis atraído sobre vos los mas grandes disgustos: todo lo olvidado, y plegue á Dios olvidarlo tambien todo. Os recomiendo nuestra hija María, exhortándoos á que os conduzcáis con ella como un buen padre: este ha sido siempre el objeto de mis deseos.

Os suplico que procureis un estado honroso á mis damas de honor, á esas desgraciadas que os serán poco gravosas, pues son tres únicamente.

Tambien os ruego que mandeis pagar, además de la anualidad corriente, el sueldo de un año á las demás personas que me han servido, pues sin esto se verian privadas de todo recurso.

Señor, muere amandoos, y os perdona, vuestra esposa — CATALINA DE ARAGON. »

— Tomad, padre mio, dijo la reina al confesor entregándole la carta: poned esto en manos del rey.

— Cada media hora envia á saber del estado de Vuestra Majestad, señora, dijo el sacerdote.

— ¡ Ah! ¡ será verdad! exclamó Catalina, en cuyos ojos brilló un rayo de contento.

El amor vivía aun ardiente, inextinguible, en aquel pobre corazon tan herido, tan destrozado.

¡ Extraños misterios hay en el corazon humano!

Desde que Catalina supo el interés del rey por el estado de su salud, se notó en su semblante una expresion de dicha que ya no volvió á desaparecer.

Con una mirada suplicante llamó á su lado al confesor, que empezó á recitar las oraciones de los agonizantes.

La reina no habló ya: clavados los ojos en el cielo y con las manos cruzadas sobre el pecho, se durmió con el sueño de la muerte á las dos de la tarde.

Su rostro quedó sereno, blanco y hermoso como el de una santa de mármol.

Ni aun en aquella hora suprema se descompuso su dignidad verdaderamente régia.

Su agonía fué tranquila como su vida, y su muerte apacible y sosegada.

María Harlowe cerró piadosamente los párpados de la reina, y no bien habia acabado de llenar este santo deber, entró un correo del rey.

— ¿ Cómo sigue S. A. R.? preguntó desde la puerta en voz baja y contenida.

— ¡ La reina de Inglaterra ha muerto! contestó María con solemnidad y enjugando el llanto que corría por sus megillas.

El correo volvió á montar á caballo y partió á Londres á escape.

XX.

* Hallábase Enrique VIII en la habitacion que ocupaba en palacio Ana de Boulon.

La favorita, ó mas bien la esposa del rey, estaba sentada en un sitial, en actitud de la mas provocadora coqueteria.

Su traje de raso amarillo, levantado con estudio por un lado, enseñaba un zapatito de raso blanco bordado de oro y perlas, y el principio de una pierna cubierta con una media de seda de color de lila claro.

El escote de su traje exageradamente bajo, no era nada decente, y sus brazos apenas estaban cubiertos con unos manguitos de punto, que no pasaban de los hueyuelos del codo.

No daré aquí á conocer á Ana, porque le pertenece otra leyenda.

El rey, sentado á sus piés, la contemplaba con admiracion y con una expresion tan apasionada, que no dejaba duda acerca del imperio que ejercia sobre él su seductora esposa.

De subito se levantó el tapiz que cubria la puerta, y un paje de la confianza de Ana preguntó al rey si queria recibir al confesor de la princesa de Gales.

— Que entre, exclamó el rey con voz alterada.

Un instante despues apareció el ministro de Dios: incluyóse ante el rey y dijo:

— ¡ La reina de Inglaterra, Catalina de Aragon, ha muerto! esta es su despedida para Vuestra Majestad.

Al mismo tiempo presentó la carta de la reina á Enrique VIII.

— ¡ Gracias á Dios! exclamó Ana sin poder dominar su alegría.

El rey la fulminó una mirada terrible; tomó la carta y la abrió.

A medida que leía, las lágrimas corrían por sus megillas, y sus facciones todas pintaron el mas vivo dolor.

La reina Catalina de Aragon murió á la edad de cuarenta y ocho años.

Celebraronse magníficas exequias por su alma en la abadía de Peterborough, y allí mismo se erigió á la infeliz reina un soberbio mausoleo.

El rey, despues de algun tiempo, convirtió aquella abadía en silla episcopal, en memoria de Catalina de Aragon.

Esta insigne mujer no es, lectores míos, una de las figuras mas enérgicas de mi galeria: es la mujer firme, cristiana, digna y severa.

Su pedestal lo forman esas virtudes apacibles y modestas que no exigen ni sacrificios, ni apenas una pagina en la historia.

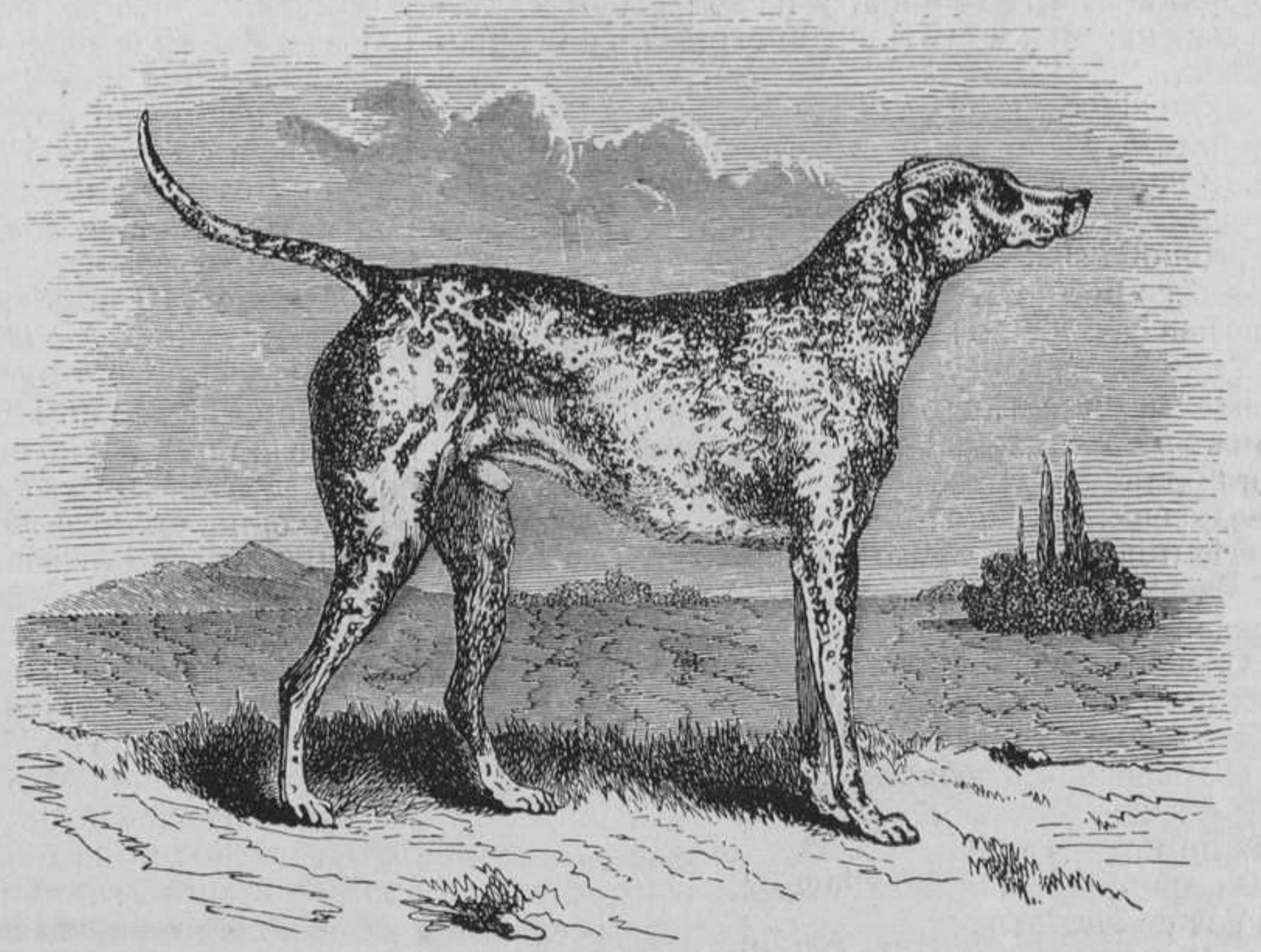
En cambio el Dios todopoderoso le ha dado, sin duda en el cielo, un trono de gloria por el que le fué arrebatado: y las reinas y todas las mujeres de la tierra veneran su memoria como el modelo de la perfeccion cristiana.

(1) Canseco: *Diccionario de mujeres célebres*.

(2) Auténtica. — Canseco, *Diccionario de mujeres célebres*.



Sabueso.



Perro danés.

Estudio físico y moral del perro.

Para tratar convenientemente del perro es preciso quererlo; pues solo se vienen a conocer sus excelentes cualidades, cuando se ha vivido con él con cierta familiaridad. El hombre mas perfecto ofrecerá siempre alguna mezcla mas ó menos pronunciada de imperfeccio-

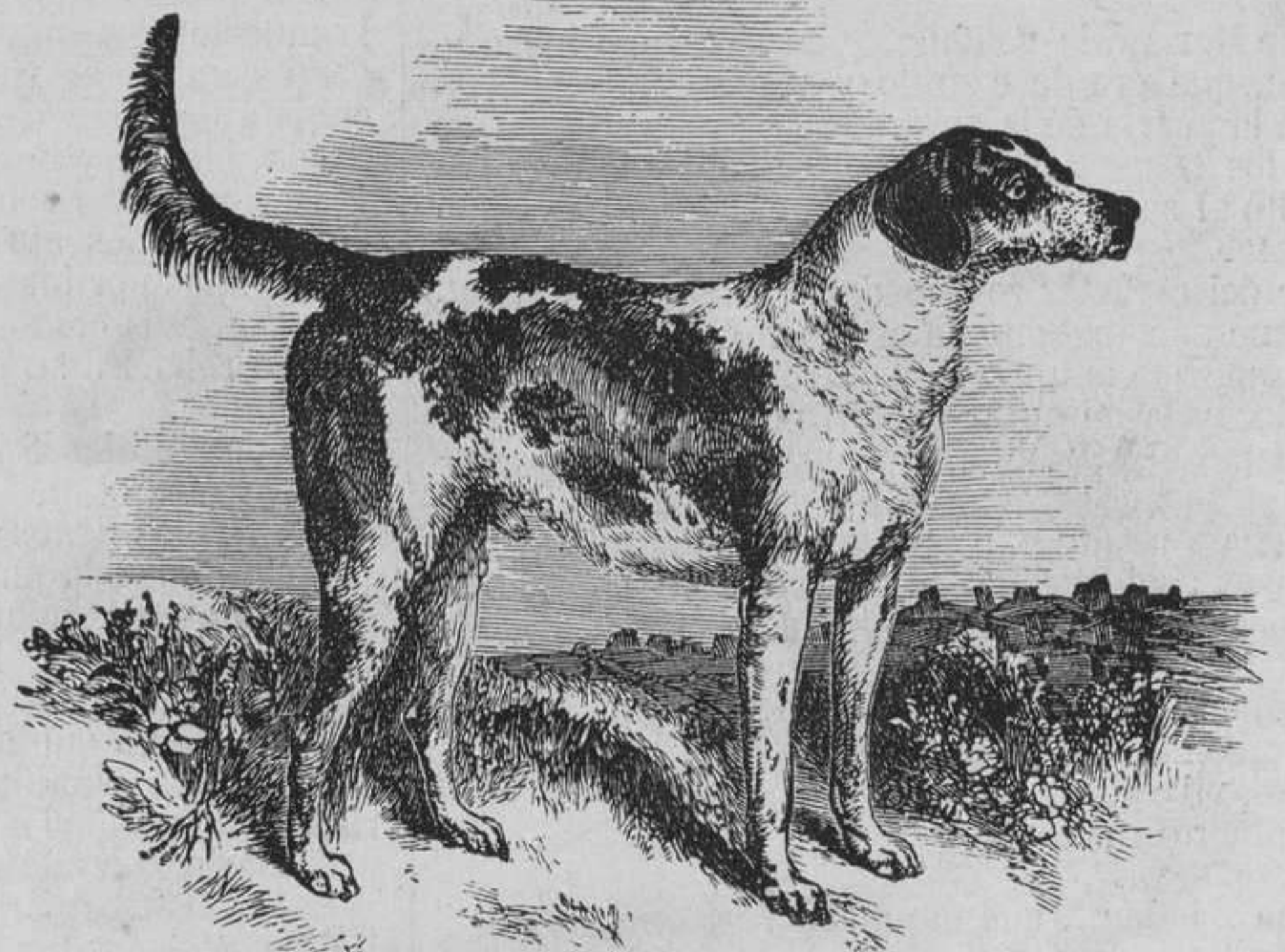
nes ó de defectos; el perro considerado de una manera general, presenta los mismos rasgos sin la sombra de una parte débil. No sería demasiado elogiar al perro en los mismos términos que al hombre mas honrado, si colocado entre buenas y malas inclinaciones, se encontrase igualmente solicitado por unas y por otras. San Pedro dice, que el perro es la mas honrada de las criaturas de Dios; nosotros añadiremos, que no conoce ni el or-

gullo que sostiene con mucha frecuencia las virtudes humanas, ni el interés que induce á fingirlas.

Por lo que toca á la inteligencia, no es menos notable. La experiencia atestigua su maravillosa sagacidad, y el análisis y el raciocinio demuestran un concurso de facultades intelectuales muy desarrolladas. Se concibe difícilmente, en efecto, que el perro sea susceptible de cariño y de fidelidad, sin una idea de las relaciones; que



Dingo, de las tierras australes.

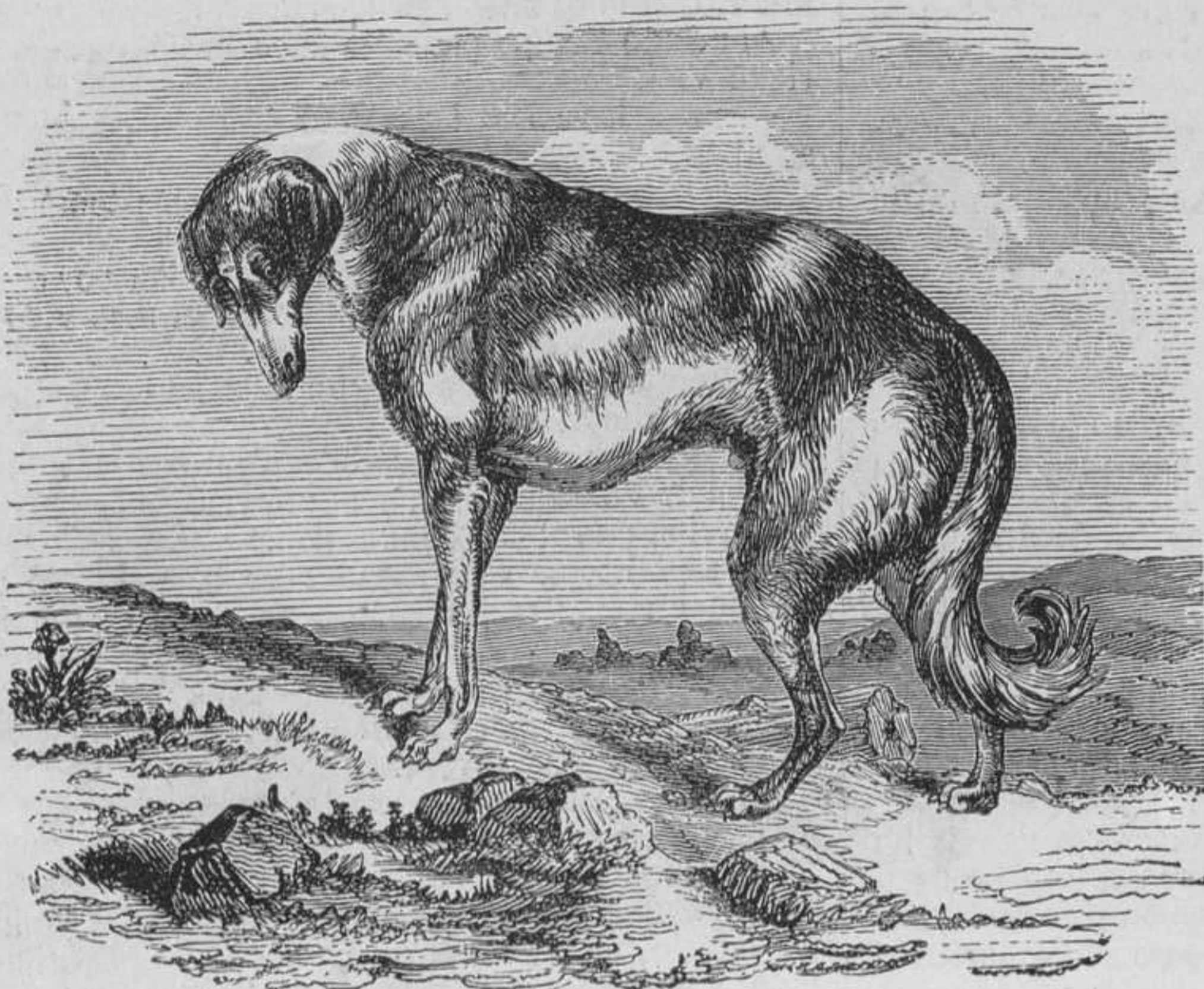


Braco.

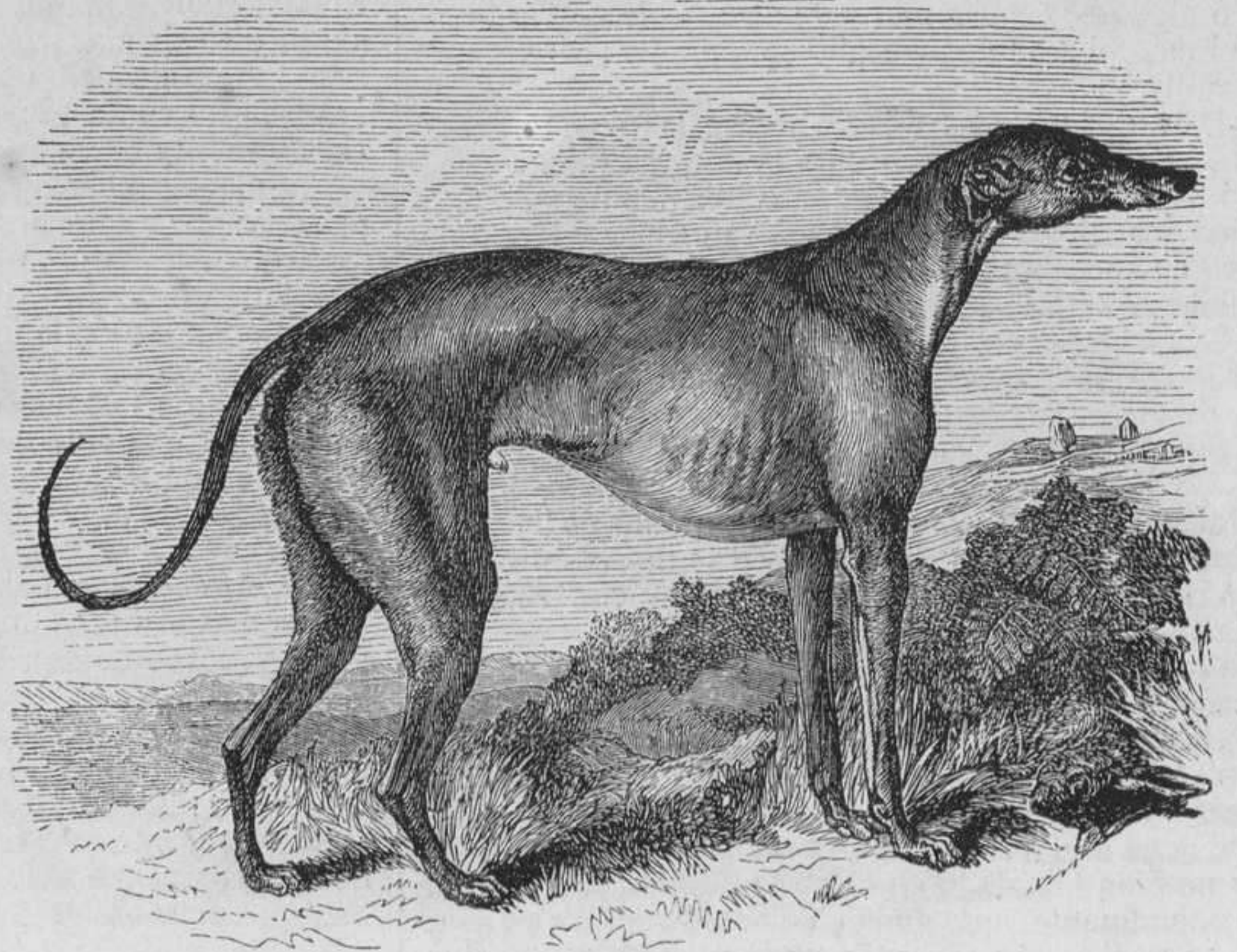
sea sumiso sin una idea de deber ó de dependencia; que pese un beneficio ó una ofensa sin reflexion, que las sienta sin memoria, y que comprenda sin atencion. Por consiguiente, solo le faltarian al perro los destellos de esa razon que a veces el hombre usa de un modo tan deplorable, pero en cambio se halla tan bien servido por su instinto, que tiene poco que envidiarnos. Se citan muchos ejemplos para probar que se puede enseñar al

perro la palabra. Leibnitz, entre otros, dice haber oido al perro de un aldeano sajón pedir té, café, chocolate y otros objetos. Estos casos sumamente raros, están muy lejos de ser concluyentes, pues además de que no han sido observados suficientemente, no hay duda que es muy posible obtener del perro, mediante un método artificial, cierta analogia de sonidos que pueda hacer ilusion hasta el punto de dejar creer que articula palabras.

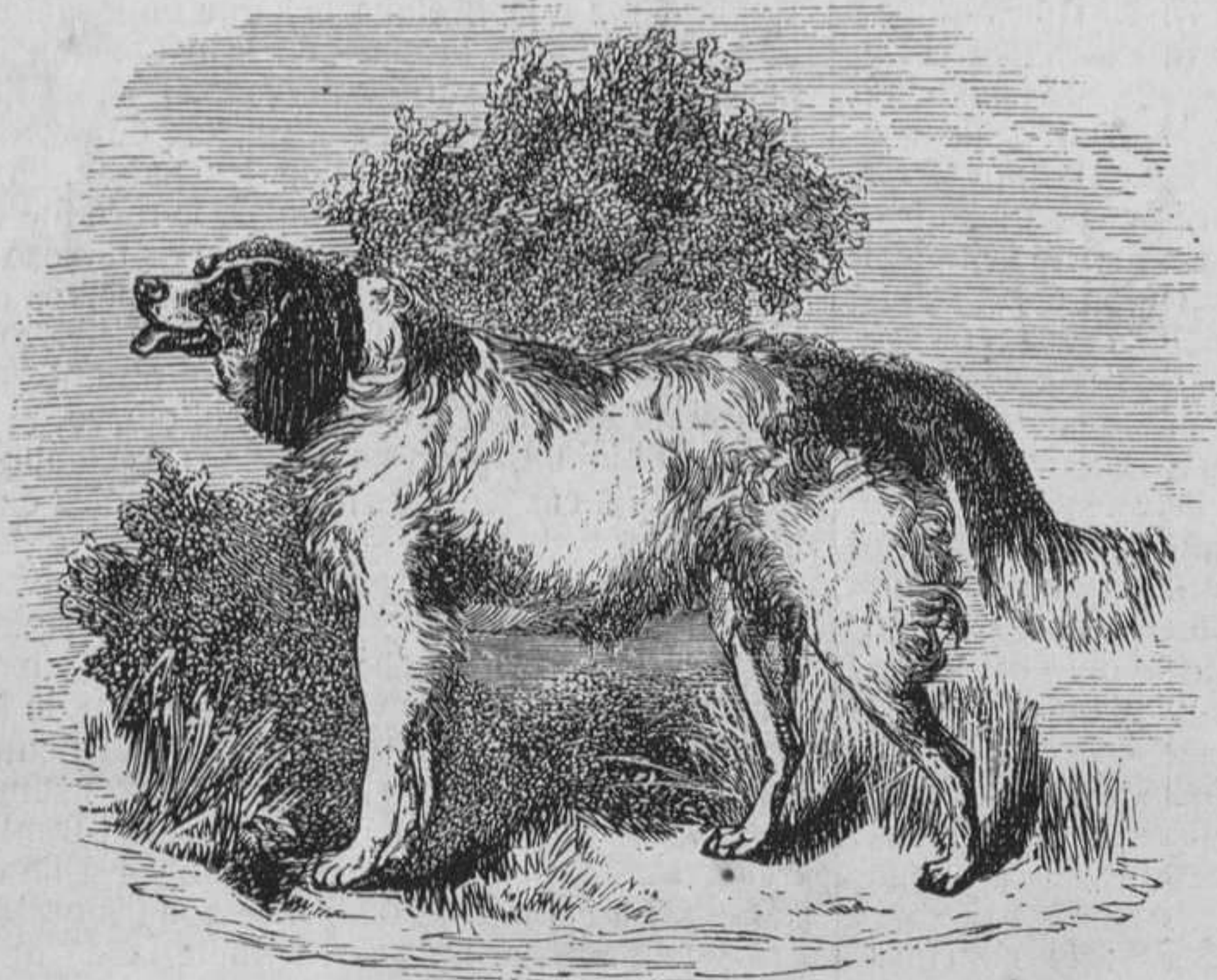
Semejantes resultados pueden sorprender á primera vista a todo hombre aunque sea filósofo; pero carecen de valor, y el mejor argumento en apoyo de la tesis contraria, se funda en el tiempo que hace que pasa el perro en la sociedad del hombre, sin que se haya visto a uno solo de ellos probar libremente el uso de la palabra, sin embargo de que una educacion continua debía predisponerles á ese resultado. Por nuestra parte, el mismo



Lebel de Grecia.



Lebel.



Perdiguero.



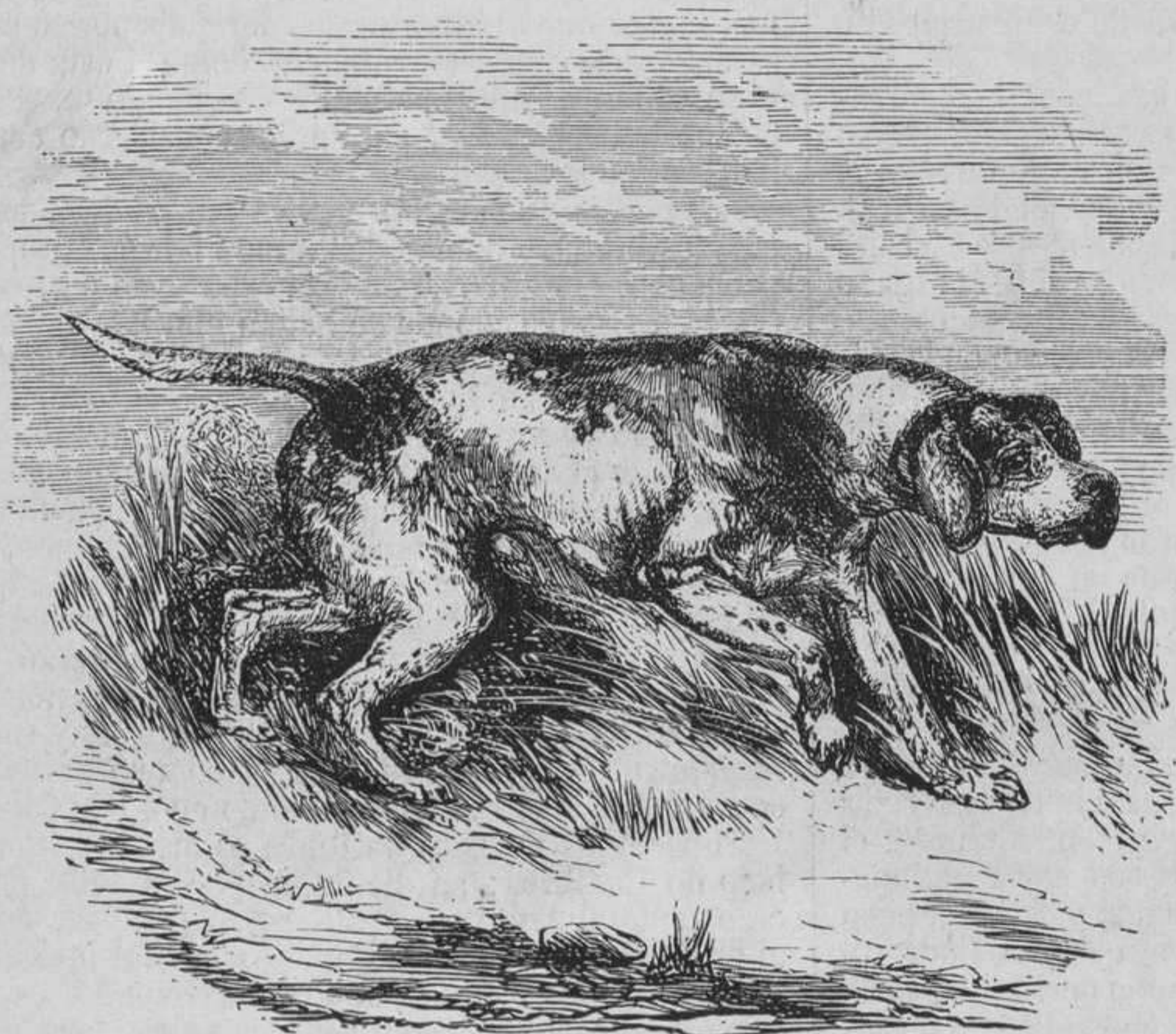
Terrero.

crédito nos merece el lenguaje articulado de los citados animales, que la fábula de la alta sabiduría del perro de los Siete Durmientes, que por haber estado encerrado durante largo tiempo en una caverna con hombres sabios, se hizo filósofo como estos, según dice la leyenda oriental.

En la historia del perro se encuentran singulares vicisitudes de grandeza y de abyección. Divinizado por

algunos, era reputado inmundo y como tal proscrito por otros, según las preocupaciones absurdas de los pueblos. Salvo los singulares honores que una superstición insensata le señaló en algunos lugares, el perro en la sociedad antigua, participó generalmente de la condición del esclavo. Los pueblos modernos le han colocado en el puesto que debe ocupar; es más nuestro amigo que nuestro criado.

Difícil es decir en qué época y cómo el perro entró bajo la dominación del hombre; pero de la naturaleza de las relaciones que existen entre el hombre y el perro se puede inferir que ha sido una conquista natural, y que por su instinto el perro estaba tan imperiosamente llamado a vivir en la sociedad del hombre, como este necesitaba asegurarse un servidor tan bueno e inteligente. Nos creemos autorizados para decir, que fué al



Perro de muestra.

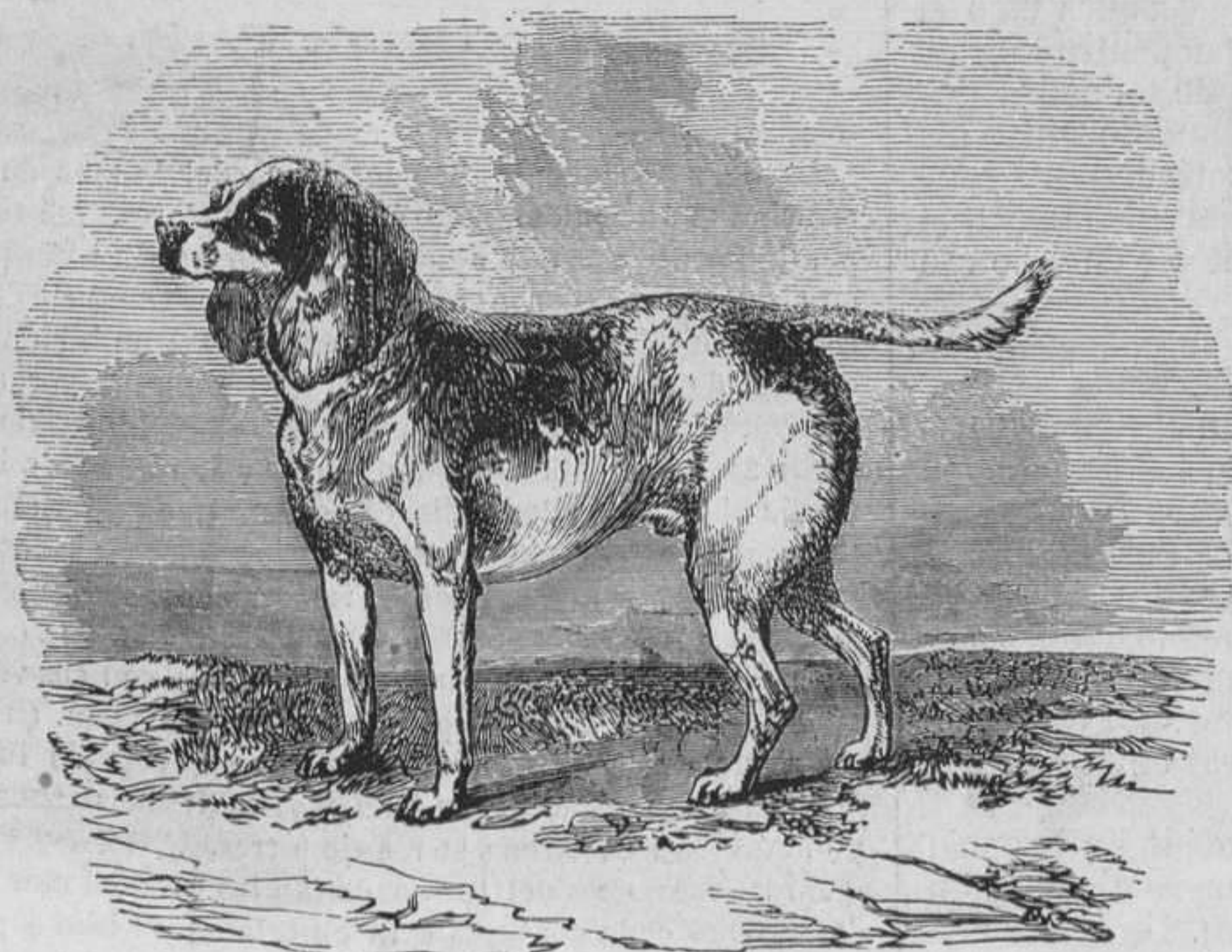


Perro del Devonshire.

propio tiempo la conquista más completa, según la observación de Cuvier, pues aunque muchos viajeros suponen haber encontrado perros en el estado salvaje en ciertas comarcas, por los mismos ejemplos que presentan se puede ver que no se halla bien probado aquel estado. El dingo de Australia, por ejemplo, citado como la especie más notable de la variedad salvaje, no tiene en realidad ninguno de los caracteres en que se reconoce

a un animal feroz. Los habitantes de las tierras australes no han tenido mucho que trabajar para domesticarlo y enseñarle los mismos usos que tiene el perro doméstico. Dumont de Urville consigna un hecho que demuestra lo fácil que ha debido ser esa conquista, puesto que cuenta haber visto mujeres australianas dando el pecho a las crías del dingo. Otro tanto se puede decir del dhole de la India, que un naturalista inglés, M. Hodgson, con-

sidera como el perro primitivo y el tronco de donde han salido las diferentes variedades del perro doméstico. A pesar de su ferocidad, el dhole no por eso deja de vivir en sociedad, y se ven perros de esa especie formando jaurías libres que atacan al toro, a la pantera, al tigre y al elefante. Por lo demás, esas costumbres nómadas son comunes a los perros de la Abisinia y de la Nubia, al aguara de la América del Sur, a una especie particular



Bigle.



Podenco.

de Santo Domingo, impropriadamente considerada como salvaje, y al perro de la Nueva Zelanda. Es verosímil que esos diferentes perros, en épocas más o menos remotas fueron abandonados por poblaciones que emigraron, y que únicamente la necesidad de atender a su subsistencia pudo transformar su carácter y costumbres, sin borrar completamente su predisposición al estado social. Esta observación está confirmada por el hábito que tienen de reunirse en grupos, y sobre todo por los escasos esfuerzos que los indígenas han tenido que hacer para reducirles de la vida nómada al estado doméstico. Por consiguiente, sin razón llaman salvajes a los perros de esa variedad, y a nuestro juicio es más exacto considerarlos como animales segregados accidentalmente de la vida doméstica.

Una dificultad no menos embarazosa se presenta al mismo tiempo a nuestra mente, y es la de encontrar entre tantas variedades y especies distintas el tipo primitivo de la raza. Fundándose Linceo en aparentes analogías, no vacila en relacionar el perro doméstico con el lobo ó el chacal. Por un raciocinio semejante se podría decir que estos últimos no son otra cosa que perros degenerados, pero entrambas suposiciones se hallan igualmente distantes de la verdad. Las familias congénicas de animales, así como las familias de las plantas, deben tener propiedades y rasgos distintivos que las caractericen, y por los cuales se den a conocer. Ahora bien, entre el lobo y el perro no se podría indicar ningún punto de semejanza en cuanto a las costumbres y el carácter.

No nos parece que Buffon haya zanjado mejor la dificultad sin que se lo hubiese demostrado ninguna prueba, considerando al mastín como tipo primitivo de la raza. Ya hemos citado la opinión de un naturalista inglés que piensa que el origen del perro doméstico se encuentra en las selvas de la India. Quizá sería posible subir hasta el tipo primordial, buscando la especie que reúne más caracteres generales; pero aun suponiendo que este método condujera a un resultado positivo, quedaría pendiente otra dificultad, la de explicar las causas que han modificado tan profundamente la especie principal y producido las innumerables variedades que vemos.

Sin tratar de resolver estas cuestiones tan oscuras, Cuvier se fijó únicamente en clasificar a los individuos según el grado de conformidad que entre ellos presentaban. Esta clasificación, que es la más natural, dió lugar a tres divisiones principales, distintas entre sí por el desarrollo del sinus frontal y de la cavidad cerebral. Por su sencillez ha sido la que se ha adoptado generalmente. Sin embargo, es imposible considerarla como la expresión rigurosamente exacta de la verdad, hasta que experiencias más positivas hayan demostrado el valor de esta ingeniosa teoría.

La primera clase comprende las especies que se acercan a la siguiente configuración: la cabeza más ó menos afilada, los parietales con tendencia a aproximarse gradualmente elevándose sobre los temporales; los cóndilos (parte sobre la cual se articula la mandíbula inferior con la superior), en la misma línea que los dientes molares superiores. El tipo de esta clase es el lebrél, y la mayor parte de los perros llamados salvajes entran en esta división. El lebrél ofrece muchas variedades. El lebrél de Irlanda, cuya especie está hoy un poco degenerada, es todavía una de las más importantes. El carácter distintivo de esta especie, muy estimada, consiste en lo afilado de la cabeza, la finura extraordinaria del hocico, la viveza del ojo, el largo del cuello que es proporcionado al de las piernas, el desarrollo del pecho y la redondez de las costillas. Es mayor que el lebrél de Escocia, pero menos musculoso. Este último es quizá más robusto y tiene más aliento en la caza, pero posee menos soltura que el anterior. El lebrél de Rusia es muy grande y de una constitución vigorosa; evidentemente descende de los antiguos perros del Epiro y de la Albania, cuya reputación ha llegado hasta nosotros. El lebrél de Persia es sin duda el animal más hermoso que puede verse. Se conocen sub-variedades de esta especie; la una de color de cascá con manchas amarillas en los muslos y en el rabo, y la otra negra generalmente con manchas. El lebrél de Persia difiere de los demás lebreles por su pelo sedoso.

La variedad negra es muy dócil, pero la otra es por el contrario cruel y difícil de domesticar. El lebrél árabe es grande y fiero en sus costumbres; tiene el pelo corto, el rabo poblado y la oreja recta. Ordinariamente es de un gris azulado, a veces oscuro ó blanco, con manchas amarillas. Tiene algunos rasgos de semejanza con el perro nómada de Egipto, y recuerda las figuras de perros trazadas en los monumentos egipcios. El lebrél de Grecia se parece mucho al inglés, del que difiere únicamente por sus dimensiones, que son un poco más pequeñas. Tiene el hocico menos afilado y los miembros no guardan tan buena proporción. A veces está figurado en los frisos de algunos templos griegos antiguos, y todo inclina a creer que es el mismo perro cuyo elogio hizo Jenofonte, y que los antiguos héroes de la Grecia llevaban siempre en su compañía.

Un pelaje tosco de pelos largos caracteriza a los perros de esta primera sub-variedad. Una segunda tiene por rasgo distintivo un pelo corto y sedoso. El lebrél común de Inglaterra entra en esta última categoría. Es muy estimado por la elegancia de sus formas y su extremada agilidad. Su altura tomada en el hombro, es de 26 á 28 pulgadas inglesas. Se ha obtenido una variedad notabilísima de este lebrél, por una mezcla de raza con el dogo. En Inglaterra se han hecho pruebas para comparar la velocidad del lebrél inglés con la de los primeros caballos de carrera. En terreno llano el lebrél ha sido

vencido, pero en tierra accidentada se llevó la ventaja.

El lebrél de Italia tiene la misma estructura que el lebrél inglés ó persa, pero en menor escala. Sin embargo, no sirve para nada, por la excesiva delicadeza de sus formas y lo endeble de su constitución. Algunos, muy pocos, si llegan á alcanzar proporciones suficientes, pueden ser empleados para la caza. Su mérito principal es su hermosura, y por eso se recomiendan á las señoras, que los estiman mucho, tanto, que se pagan de 200 á 300 francos. El comercio se ha apoderado de este artículo, del que se hace un tráfico bastante considerable en las costas de Italia. Se asegura que Federico de Prusia tenía pasión por un perrillo de esta especie, y que durante la guerra de Siete Años le llevó constantemente en su compañía. Hasta se cuenta que perseguido por una partida de austriacos, se refugió con su perro debajo del arco de un puente. El menor ladrido del animal podía comprometer la seguridad del rey y decidir de la fortuna de la Prusia; pero parece ser que conmovido por el sentimiento de un peligro tan grande el perro no chistó. A su muerte, el rey le hizo elevar en el jardín del palacio un monumento con una inscripción destinada á perpetuar su memoria.

El lebrél turco ofrece dos variedades; la una más grande que la otra, tiene todos los caracteres de un verdadero lebrél. Su color ordinario es gris plumizo ó rojo oscuro. Un hermoso modelo de la primera de estas variedades ha sido introducido en Francia por M. de Larmarine á su regreso de Oriente.

Los animales de esta primera clase son menos inteligentes que los de los grupos siguientes. El órgano del olfato está poco desarrollado en ellos, pero el de la vista lo está en extremo. Su configuración les destina especialmente para las cacerías á caballo. Solicitan caricias, y no demuestran el mayor cariño al amo. Es muy difícil precisar la época de la introducción del lebrél en Francia; lo único que se sabe por las antiguas pinturas, es que era muy común en la edad media. Bajo el reinado de Francisco I, los nobles y los señores de elevada alcurnia, no salían nunca sin uno ó dos lebreles; era una señal de nobleza. De aquí el empleo de estos perros en la base de los blasones.

Segunda clase. — Los perros que componen este grupo tienen la cabeza poco larga; los parietales tienden á separarse en vez de acercarse, lo que da desarrollo al sinus frontal, y por consiguiente á la cavidad cerebral. De aquí se deduce que esta división encierra las especies más inteligentes, aquellas que tienen más sutil el órgano del olfato.

El gran danés, que algunos autores colocan en la primera categoría, está considerado por otros como el tipo de este grupo, al que según las apariencias, pertenece. Es de alta estatura, y se halla lleno de fuerza y de gracia. Su color varía del leonado, que es el menos general, al gris ó al blanco con manchas oscuras y negras. Se distinguen los individuos de raza pura en un matiz de cascá que se extiende sobre los lados de la cara y en las orejas, que deben ser negras. El danés no caza; su puesto está marcado entre los perros de lujo, y es sumamente aficionado á los caballos.

El mastín es una variedad muy importante de este grupo. Tiene la cabeza larga, la frente chata, las orejas medio colgantes, el cuerpo largo y bastante grueso, el rabo en trompa, el pelo algo corto, y su color gris, blanco, oscuro ó negro. Posee mucha fuerza, y un valor poco común. Su inteligencia está bastante desarrollada. El mastín quiere mucho á su amo, y como perro de guarda es precioso. Por lo demás, esta variedad es difícil de reconocer. Algunos la consideran como origen de las demás variedades que tienen alguna analogía con ella; muchas veces la han confundido con la clase de los lebreles, y el mismo Buffon dice que es un lebrél de pelo tosco. Pero esta genealogía no nos parece justificada por ninguna prueba positiva, y se nos figura que su puesto está entre los animales de la segunda clase, en conformidad á la clasificación de Richardson.

Santo Domingo, Cuba, Méjico y la Florida producen diferentes especies de perros que deben ser colocados junto al mastín.

El perro nómada de Egipto cierra la lista de los perros del primer grupo de la segunda división: este perro se halla dotado de excelentes cualidades y de una gran sagacidad. Se conocen de él muchas variedades bajo el nombre genérico de perro. La que se encuentra en Sumatra tiene costumbres más salvajes que todas las demás, y sin duda por esto la han confundido entre las especies no domésticas. En Java esa variedad está reunida en jaurias para el uso de los habitantes de distinción, y sirve para la caza del mutjack ó gamo de ese país.

La variedad más singular es la que se encuentra en las calles del Cairo y de Constantinopla. Estos perros, que forman un cuerpo de guardias de noche, están repartidos por barrios, y nunca traspasan los límites que les señalan. Lisboa tiene también algunos barrios poblados de perros que ofrecen las mismas particularidades. Esta costumbre de guardar así las calles es sumamente antigua, y en Francia ha habido poblaciones como Saint-Malo, donde los perros estaban encargados de vigilar por la seguridad de los habitantes.

Los perros de caza propiamente dichos entran en esta segunda clase.

Durante largo tiempo no se han conocido en Francia más que dos especies de perdigueros que se distinguían por el color de su pelaje blanco ó negro. Un autor antiguo, Du Fouilloux, acreditando su parecer con un viejo manuscrito, dice que el perdiguero desconocido de los primeros habitantes de las Galias, fué traído por

primera vez á la Bretaña por una emigración de troyanos, poco tiempo después de la ocupación de la Italia por los restos de la antigua Troya. Esta tradición es por lo menos muy incierta; esa especie de perros se habría conservado perfectamente en los países, llamados después el Artois y el Poitou, donde la raza fué introducida por los emigrados troyanos; pero es dudoso que deban en realidad á esa circunstancia los perros de esas dos provincias la reputación de que aun disfrutan.

Los perros de caza se distinguieron antiguamente en perros de raza real que corrían el ciervo, el venado, el lobo y el jabali, y en perros de raza común y de raza mestiza que cazaban los mismos animales en llano y en los montes.

El perdiguero más antiguo que se conoce en Francia es el de San Huberto, cuya especie se mantenía cuidadosamente en otro tiempo en un monasterio consagrado á la memoria del bienaventurado patron de los cazadores. Es el mismo que existe hoy con el nombre de *tabbot*, del que ha salido una especie muy estimada de sabueso. La cabeza que se ve dibujada al frente de nuestros grabados, es una hermosa muestra de este último género. La especie se distingue por las orejas muy largas y pendientes. La señal característica de su pureza consiste en una enorme protuberancia en lo alto de la cabeza. El sabueso inglés, perro muy estimado, es de color de cascá ó negro y cascá; el pelaje blanco es indicio de una raza degenerada.

Se pueden considerar como variedades distintas nuestros diferentes perdigueros. Entre sí se diferencian por sus aptitudes particulares y por la especie de caza á que se aplican. La más notable es la que proviene del cruzamiento del sabueso con alguna especie más activa, como verbi gratia el lebrél; esta raza es admirable para cazar el ciervo.

Otra especie que por su estructura parece una miniatura del antiguo perro de San Huberto, mucho más pequeña que la anterior, se aplica á la caza de la liebre.

El bigle (perro inglés, especie de podenco) es uno de los más antiguos, y se estima porque es pequeño. Menos rápido que el anterior, le sobrepuja por su prodigiosa actividad y su perseverancia. Como él está dotado de un olfato muy fino. Los bigles que tienen un pelaje tosco son los preferidos, porque les consideran como más fuertes que los otros.

Los perros de muestra no son menos variados; cada país los produce que se distinguen por sus propiedades particulares. El origen de esta especie de perros parece estar en España, donde se hallan aun los mejores modelos. El perro de muestra de España es notable por su seguridad y la facilidad con que se le enseña.

El perro de muestra de Portugal es más ligero para correr que el anterior, pero es también más inconstante y menos obediente. El *pointer* inglés proviene evidentemente del perro de muestra inglés y del perdiguero; á ese cruzamiento de razas debe su ardor y su energía. Se citan dos *pointers* pertenecientes al coronel Thornton, los cuales permanecieron parados durante cinco cuartos de hora mientras los pintaba el entendido artista Gilpin. El precio de estos animales es muy subido en Inglaterra. Un perro de esta especie que pertenecía al coronel Thornton, ha sido vendido en 4,000 francos.

El perro de muestra de Rusia es menos corpulento y bajo de hombros; se distingue por su doble nariz. Se cree generalmente que este perro debe ser enseñado al principio de cada estación, por lo cual no se le estima mucho. Por lo demás, el inconveniente es común á muchos perros de esta especie, sobre todo á los de corta edad.

El perro de muestra de Francia parece inferior á cada una de las especies que acabamos de citar, y en vez de mejorarle se ha preferido recurrir al uso de los perdigueros extranjeros.

La especie de los terreros es muy curiosa; posee mucho valor, fuerza y actividad. Las variedades más estimadas son las de Escocia, de la isla de Skye, una de las Hébridas, siendo notables también las de Inglaterra, Rusia y Malta.

(Se concluirá.)

Revista de Paris.

La diversion que los helados lagos del bosque de Boulogne ofrecían el último domingo á los patinadores, fué turbada repentinamente por una desgracia horrorosa. El hielo poco sólido en ciertos parajes para sostener á la inmensa muchedumbre que recorría los lagos, y cuya entrada estaba prohibida por unas cuerdas de que no hicieron caso, se rompió, y por el boquete desaparecieron una porción de patinadores. Imposible sería pintar la ansiedad y el espanto que se apoderó de toda la concurrencia al oír los gritos pidiendo socorro que proferían los que se sumergían con los témpanos de hielo; veinte jóvenes se removían en el agua asidos á los carámbanos que se hacían pedazos; los que sabían nadar se abrieron paso y llegaron á la orilla donde los espectadores se apresuraban á cubrirlos con sus vestidos, en tanto que otros menos afortunados se ahogaban. Gracias á la presencia de un comisario de policía y al celo de los guardas del bosque, pudieron sacar á muchos individuos sanos y salvos, y el número de víctimas se redujo á tres.

En las márgenes del lago ocurrían las escenas más conmovedoras, pues cada cual temía la muerte de un hijo ó de un hermano en aquella catástrofe. Casi al mismo tiempo que esto tenía lugar á unos 200 metros de la orilla, en otro punto más distante se abría también el hielo, y unas quince personas desaparecían

igualmente, debiendo su salvación á la escasez del agua en este último sitio.

Aquella noche debía haber en los lagos una gran fiesta de la corte imperial; se habían preparado trineos, se habían organizado carreras de velocidad, en las que debían tomar parte varias de las señoras de la sociedad rusa y alemana de París, que se disputan la palma en estos ejercicios á que se hallan tan acostumbrados los habitantes del Norte; todo debía iluminarse espléndidamente; en suma, se había redactado un programa seductor para los aficionados á divertirse con una temperatura de ocho grados bajo cero; pero la noticia de las desgracias ocurridas por el día vinieron á suspender los preparativos de la fiesta, que quedó después definitivamente aplazada con la subida del termómetro; no obstante, la estación no se halla tan adelantada aun que no se pueda confiar en que mas tarde habrá posibilidad de realizar lo anunciado.

El sábado último se daba en los Italianos una representación de *Don Giovanni*, y como de costumbre no escaseaba la concurrencia. ¿Qué privilegio posee esta obra maestra incomparable para eternizarse así en el repertorio de ciertos teatros del mundo? ¿Cómo sucede que esta música, que es una evidente protesta contra el gusto del día, en lugar de envejecer se muestra cada año mas lozana, mas seductora, mas nueva? No olvidemos que Mozart ha querido pintar en su *Don Giovanni* «las pasiones violentas,» segun su propia expresión; pero ¿cuánto dista su ideal en este sentido del que sigue la escuela de Verdi! «La manifestación de estas pasiones, dice Mozart, no debe llegar nunca ni en poesía ni en música hasta provocar la repugnancia, ni aun en las situaciones horribles; la música no debe jamás herir el oído...» ¿No es el programa contrario el que ha formado el gusto moderno? Y sin embargo *Don Giovanni* se oye y se aplaude, y por un instante se renuncia á todas las exageraciones con que el estilo actual expresa los mismos sentimientos. ¿Perenne virtud de lo que es verdaderamente bello en su esencia!

Nada podríamos decir sobre esta partitura que no hayamos dicho anteriormente en este mismo lugar cuando otros años se ha representado; nos limitaremos pues á tratar de su ejecución, pero ante todo parécenos oportuno y curioso señalar esta vez cómo entraron en relaciones el autor del argumento Lorenzo d'Aponte y Mozart, y cómo se produjo esta obra maestra; siempre son interesantes los datos relativos á producciones de tanta importancia.

Lorenzo d'Aponte era un veneciano que se hizo célebre por sus aventuras, y que nos ha dejado escritas sus Memorias halladas despues de su muerte en América: hé aquí una página de ellas relativa á nuestro asunto:

«... No había en Viena mas de dos maestros verdaderamente dignos de este nombre, Martini, favorito de José II, y Wolfrang Mozart, hombre oscuro y desconocido á la sazón, como esas piedras preciosas que sepultadas en el seno de la tierra ocultan á la vista el secreto de sus esplendores. Nunca puedo recordar sin orgullo que mi perseverancia y mi energía fueron en gran parte la causa á que debieron la Europa y el mundo la completa revelación de las maravillosas composiciones de aquel incomparable genio...

Fuí á casa de Mozart, y sin preámbulo le pregunté si le vendría poner en música un libretto mio.

— Con muchísimo gusto, me respondió, pero hay un inconveniente.

— ¿Y es?

— Que no me darán permiso para ello.

— En cuanto á eso corre por mi cuenta.

Con efecto, zanjé las dificultades, y comenzamos con las *Bodas de Figaro*, argumento tomado de la comedia de Beaumarchais.

Mi buena suerte quiso que se presentara una circunstancia oportuna para llevar directamente mi manuscrito al emperador.

— ¡Cómo! me dijo, ¿sabeis que Mozart no tiene talento, y justamente le habeis elegido por vuestro compositor?

Yo insistí hasta que alcancé la licencia; y aun no había tenido tiempo para participar á Wolfrang la noticia, cuando él recibió la orden de presentarse en palacio con su partitura.

Obedeció, y habiendo dado á conocer algunas piezas al emperador, obtuvo el éxito mas lisonjero.

Mozart dejó á mi cuidado la elección de un nuevo argumento, y entonces compuse *Don Juan* inspirándome del *Infierno* del Dante. Trabajaba de este modo: me sentaba delante de mi mesa á eso de la una de la noche, con una botella de vino rancio de Tokay á mi derecha, mi tintero á la izquierda, y delante de mí una caja de rapé de Sevilla.

En aquel tiempo una hermosa jóven de diez y seis años, que yo no habría querido amar sino como ama un padre, habitaba con su madre en mi casa, y entraba en mi cuarto para hacer los pequeños servicios de interior cuantas veces tocaba yo la campanilla para pedir algo; confieso que abusaba un poco de esta campanilla, sobre todo cuando flaqueaba mi imaginación. Aquella linda jóven me traía entonces ora un bizcocho, ora una taza de café, ora únicamente su hermoso rostro siempre alegre y risueño.

Durante dos meses pasé trabajando así doce horas seguidas, interrumpidas apenas por algunas cortas distracciones. Temiendo incomodarme, la jóven se sentaba á veces inmóvil, sin abrir la boca y se quedaba mirándome escribir. Yo acabé por llamarla menos á menudo y por prescindir de sus servicios á fin de no perder mi tiempo en contemplarla.

Mozart componía las escenas á medida que yo se las entregaba.

Don Juan debía representarse en Praga con motivo de la llegada á esa ciudad de la gran duquesa de Toscana.

Pasé pues á Praga para dirigir los ensayos; pero antes de que se pusiera en escena la ópera, tuve que volver á Viena por orden del emperador, y así fué que no asistí á la primera representación.

Sin embargo, Mozart me escribió que había gustado mucho, y el empresario Guardassoni me dirigió igualmente estas palabras:

«Mientras vivan d'Aponte y Mozart, la miseria huirá de los teatros.»

El emperador me mandó á llamar, y con los mayores elogios me hizo una nueva fineza de cien cequíes, diciendo que ardía en deseos de oír el *Don Juan*.

Escribí á Mozart que acudió inmediatamente y dió la partitura al copista, quien se apresuró á distribuirla.

La marcha próxima de José II apresuró su ejecución, y ¿debo decirlo? no gustó *Don Juan*. Todo el mundo, menos Mozart, se imaginó que la pieza debía ser retocada; hicimos cambios en ella, se representó, y no gustó tampoco esta segunda vez, lo que no impidió decir al emperador:

— Es divino y mucho mas hermoso que las *Bodas*; pero no es para nuestros vienenses.

Repetí estas palabras á Mozart, que sin cortarse me respondió:

— El tiempo lo dirá.

Y no se ha engañado. Siguiendo su consejo, hice que se representara el *Don Juan* lo mas á menudo posible, y á cada representación fué creciendo el buen éxito. Poco á poco los vienenses se acostumbraron á esta ópera, hasta que al fin la colocaron en la categoría de las obras maestras dramáticas.

Seguramente no se engañó Mozart, pues al cabo de algunas representaciones dadas en Viena, su *Don Giovanni* recorrió las primeras escenas líricas de Europa, alcanzando una celebridad que dura todavía y durará, porque las grandes obras del genio humano son imperecederas.

La ejecución del sábado en los Italianos ha dejado mucho que desear. El baritono Delle-Sedie hacia *Don Giovanni*, uno de los papeles mas difíciles de desempeñar, no precisamente por el canto, sino por la indispensable condición de que este personaje ha de ser un dechado de hermosura, de gracia, de elegancia y de valor; porque ha de reunir en fin todas las seducciones imaginables. El héroe de Tirso de Molina, desfigurado por Moliere para adaptarle al gusto de la corte de Luis XIV, y restablecido en su primer estado por Lorenzo d'Aponte, requiere un actor consumado dotado de cualidades físicas que Delle-Sedie no posee. La parte de canto, no obstante, la ejecutó regularmente, si bien suprimió en ella, no sabemos por qué razón, el famoso brindis de la cena, esa melodía de que estaba tan prendado su autor, que la puso en sus principales óperas, en una de sus sonatas y probablemente tambien en alguna de sus sinfonías. Si el señor Delle-Sedie llega á cantar esta ópera en Viena, no le aconsejamos esa supresión, pues hay en aquel teatro la antigua costumbre de saludar el brindis con una aclamación general á la memoria del gran compositor, para lo cual se pone en pié toda la concurrencia.

Se puede decir que todo el papel de don Ottavio se encierra en el aria *Il mio tesoro*, que segun los críticos mas afamados, no solo de Alemania, sino de Francia y de Bélgica, es por su mérito la primera de todas cuantas se han escrito para voz de tenor. Mario dijo perfectamente su principio, pero no su fin, que requiere mucho mas brio y mas aliento.

Zucchini hace un Leporello divertidísimo; es casi un Lablache, elogio que equivale á señalarle la mayor altura á que puede rayar un artista bufó.

Pasemos por alto á las cantatrices las señoritas Guerra y Battu (doña Elvira y Zerlina), para ocuparnos únicamente de la Penco.

Hace años ya que la Penco canta en París, y en ese tiempo su talento ha crecido hasta el punto de conquistarla un lugar entre las grandes artistas de la época. Pero no basta ser grande artista para comprender, sentir y expresar la música escrita por el autor de *Don Giovanni*. Mas de una cantatriz de un mérito indisputable, como la Persiani, para poner un ejemplo, ha cantado «sin comprender,» (es su expresión propia) la parte de Zerlina, y eso durante muchos años. La Penco ha estudiado y ha comprendido el difícilísimo papel de doña Ana, y por consiguiente ha sabido expresar con una energía sin ejemplo los sentimientos diversos de furor, de pasión, de acerbá amargura que palpitan en el seno de la hermosa víctima de don Giovanni, seducida y reducida á la orfandad.

No, jamás la desesperación de doña Ana encontró acentos tan penetrantes para pintar los horrores de aquella noche terrible en que su impío seductor asesinó á su padre; confesamos no haber oído nunca el gran recitado de esa historia fúnebre dicho con tanta indignación, con tales arrebatos de venganza y de cólera. En el aria siguiente, así como en el terceto de las máscaras, una de las piezas capitales de la partitura, si es que hay alguna que sobresale en un conjunto donde parece haberse alcanzado á lo bello absoluto del arte musical, hizo olvidar á los espectadores la insignificancia de las cantatrices que la acompañaban en el desempeño de la ópera.

Vamos á concluir con algunas noticias teatrales. — M. Gounod, el aplaudido autor del *Fausto*, está ensayando en la Grande Opera una nueva producción que se titula *la Reina de Saba*. Los que conocen ya esta composición del célebre maestro, aseguran que contiene piezas de primer orden, y que las mas corales principalmente están tratadas de modo que producirán una sensación extraordinaria.

No hay para qué añadir que el aparato escénico será lujoso, porque esto se supone siempre en la Academia Imperial de Música, donde no son de gran necesidad las economías: segun se cree, *la Reina de Saba* podrá representarse á mediados de febrero.

M. Victor Sejour ha escrito un drama titulado *la Invasión*, que se hizo célebre antes de ser representado. La censura prohibió su aparición en la escena porque contenía alusiones políticas que habrían podido desagradar á una potencia europea de primer orden y amiga de la Francia. El autor apeló al emperador, y S. M. no tuvo á bien anular el fallo de los censores. Ya se creía enterrada para siempre esta *Invasión*, cuando hé aquí que sale á luz de nuevo, aunque esta vez bautizada con otro nombre. Segun nuestras noticias se titulará *los Voluntarios de 1814* ó *los Voluntarios del Imperio*, y el drama tenderá en sustancia á glorificar el patriotismo francés, no á demigrar á ningún soberano extranjero. Ya se habla de una decoración fantástica que debe hacer furor entre el público de la Porte-Saint-Martin, y de

una nueva actriz, ajustada solo por su hermosura, para que represente dignamente á la Francia. — La forma ante todo, como los atenienses.

MARIANO URRABIETA.

Suicidio (1).

Caracas 1º de diciembre de 1861.

Con este título nos da el *Semanario de las Provincias* de 30 de noviembre un artículo firmado por el conde de Fabraquer, escrito con todo el arranque varonil de un sentimiento cristiano y en presencia del natural horror que le inspira esa profunda enfermedad del siglo XIX, profunda enfermedad que, á no ser tan hondas nuestras convicciones sobre la prosapia divina de la desterrada prole de Adán, nos haría renegar de la excelencia humana.

Muévenos á tratar del suicidio el deseo de rectificar las inexactitudes en que incurre el conde de Fabraquer al proponerse encontrar semejanzas, en cierta manera y á la luz de la historia, al gran sacrilegio del siglo XIX. En ningún periodo de la humanidad se nos presenta el suicidio con un carácter tan repugnante como en nuestra época de progreso atronador. Primogénitos de la luz, no es muy exigente nuestra potencia visiva: nos causa lo inhumano. Un poco de ruido escandaloso sobre escenario sangriento, para hundirnos, como Montaigne, en los abismos de la nada. Si esto es ser hombres, renegamos de estos hombres. Mas digna nos parece la muerte de un perro que acata dócil la ley de su destino.

«Apresurémonos á decir que no reconocemos de modo alguno el suicidio como una enfermedad,» dice el gallardo escritor. Apresurémonos á decir, replicamos nosotros, que el *suicidio ilustrado* de nuestra época es una enfermedad extensa y profunda. No puede ser mas doloroso nuestro enflaquecimiento moral, mas desenfrenados nuestros terrenales apetitos, mas furiosa nuestra gloria sensual, mas ardiente nuestra sed niveladora. Ante los instintos dominadores de la materia ¿qué significan las nobles aspiraciones del alma? ¿Qué libertad, qué luz tiene el espíritu en cárcel tan tenebrosa? Cuerpo sin alma, una vez contrariados sus deseos, una vez llegado el hastío, y el hastío llega pronto, cuerpo sin alma no tiene vida: perece porque debe perecer. Cuando no hay sugeto moral, no hay hombre. En la degradación del cuerpo queda, como aniquilada, la virtud del alma.

Anima vilis in corpore vili.

Piedad, nunca justificación, nos merecen los que rendidos á los dolores del alma, ahogan en su sangre su propia vida.

Horror y siempre horror nos inspiran los que, rindiéndose á los dolores del cuerpo, piden á la tierra su único descanso.

«El cristianismo destruyó en el mundo romano los principios materialistas de la filosofía estoica y puso fin á las violentas preocupaciones de aquella filosofía que, enseñando á despreciar la vida, convertía el suicidio en una acción lógica y virtuosa,» dice el conde de Fabraquer.

¡Paz para los estoicos! ¡Justicia para los estoicos!

No era material la filosofía estoica y era el dolor una virtud para aquella escuela. Entre aquella filosofía estoica y nuestra filosofía enciclopédica hay un abismo de impiedad. Los estoicos creen santificar el alma con el martirio del cuerpo: los enciclopedistas quieren santificar el cuerpo con el martirio del alma. Los estoicos admiten un lugar glorioso para las almas excelentes, y un lugar de tormento para las almas impuras. Los enciclopedistas no admiten mas que un muladar para el cuerpo y para el alma. Los estoicos hablan con el mas alto respeto de una Providencia divina, de un número creador de todas las cosas, á quien enaltecen y alaban y bendicen: la virtud y la sabiduría son su mas alta aspiración. Gloria les merece la virginidad del cuerpo, y mas que todo la virginidad del alma. Su palabra es severa como es severa su acción, como es severa su vida. Nada para ellos mas digno que la honestidad: nada mas indigno que la desvergüenza.

«Abstente de toda mancha, dice el estoico, pero si caes en pecado, resignate á la purificación.»

Nuestra filosofía avanzada procede de otra manera. Escandalosa es su palabra, escandalosa su acción, escandalosa su vida. Para tales filósofos la concupiscencia es la gloria. Impotentes para alcanzarla ó cansados de gozarla, se refugian en los abismos de la muerte. Para estos furiosos es un delirio la inmortalidad, un fantasma la Providencia, y una fabula Dios.

¡Paz para los estoicos! ¡Justicia para los estoicos!

¡Séneca! ¡Epicteto! ¡Antonino el Piadoso! ¡Ciceron!

¡Adriano! ¡Marco Aurelio! ¡Sublimes estoicos! ¿Qué

hay de material en vuestra vida y en una época histórica en que es popular la corrupción y en que el alma se anega en vicios? Cuando todo muere, vivis vosotros: cuando hay coronas para el vicio, ofrendas os merece la virtud. ¿Guardan aire de familia con vosotros nuestros filósofos materialistas? ¿Hallais dignos de vuestra prosapia estos renegados descendientes?

Epicteto, gloria de Zenon, es humilde como un apóstol, inspirado como un profeta, fervoroso como un evangelista, abnegado como un mártir de la ley de gracia.

(1) Del *Diario de Avisos* de Caracas.

« El bien sensible no es todo el bien humano : el verdadero bien del hombre es su perfeccion moral, fruto de grandes trabajos y padecimientos. La virtud se acrisola en ellos como en el fuego los metales. No hay espectáculo mas digno de la contemplacion de Dios que el justo luchando con la adversidad. » Asi piensa Séneca que nos inspira respeto al verle sangrarse de todas sus venas por orden de Neron. Cree en Dios y espera en Dios.

Lecciones de piedad nos ofrece la filosofía antigua. Virgilio nos describe la vision de Eneas en los reinos infernales, contrayéndose al suicidio, de esta manera :

Proxima deinde tenent mesti loca, qui sibi letum
Insontes perperè manni, lucemque perosi
Proficere animas, Quam vellent attere in alto
Nunc et pauperiem et duros perferere labores!

Allí están desgarrados por el remordimiento, los que se arrancaron la vida. ¡Cómo querrian ahora hallarse en el mundo resignados a la pobreza y al mas penoso trabajo!...

Otro pagano nos enseña tambien : el poeta Marcial :

Rebus in adversis facile est contemnere vitam
Fortiter ille facit qui miser esse potest.

Rendirse al infortunio es cobardia : sobreponerse al infortunio es valor.

Pitágoras, Sócrates y Platon combatieron el suicidio : combatiólo Ciceron.

En Atenas el suicidio era un crimen contra el Estado, y era declarado infame el suicida. Segun Plutarco, en seiscientos años no hubo un suicidio en Roma : Roma era entonces modelo de buenas costumbres : Roma creia en Dios. El gobernante no oprimia a los pueblos, ni los pueblos se rebelaban contra el gobernante. Era algo la virtud y algo la sabiduria : era desconocido el poder nivelador de nuestra edad niveladora.

Nos parece grande Licurgo sacrificándose por la gloria de Esparta.

Nos inspira veneracion Sócrates, tomando la cicuta y discurrendo con sus discípulos sobre la inmortalidad del alma.

No nos repugna Temistocles, envenenándose, por no tomar las armas contra su patria, obligado por los beneficios de Artajerjes.

Mas grande nos parece Varron, derrotado en Canas, sobreponiéndose a su infortunio, que Caton matándose en Utica por no sobrevivir a la victoria de César. No era impio Caton. Caton muere leyendo el Fedon de Platon, diálogo sobre la inmortalidad del alma. ¿Qué parentesco hay entre este suicida y nuestros suicidas? Caton muere creyendo : en nada creen nuestros suicidas sino en las glorias de la carne : muertas estas glorias, murio todo para ellos : su muerte es el reflejo de su vida.

Mas grande nos parece Regulo, martirizado en Carthago por honrar a su pais, que Anibal envenenándose por no caer en manos de sus enemigos.

¿Qué laureles hay para el hombre, dignos del hombre, si no combate en el palenque de la adversidad? Luchar y vencer es gloria : rendirse al cansancio es flaqueza. El dolor santifica. En el infortunio se acrisola el temple del alma. Por eso no hay cumplida heroicidad sin la corona del martirio.

¡Paz para los estóicos! ¡Justicia para los estóicos!

« Nuestra primera obligacion es conocer y adorar a Dios, » dicen los estóicos. « Si para ser grandes en el alma es necesario quebrantar el cuerpo, quebrantemos el cuerpo. » Habra error, pero no impiedad en esta doctrina.

No es repugnante que la viuda del Malabar arda viva en la misma hoguera en que arden los restos mortales de su compañero. ¿Cuanto no puede la educacion! Menos nos repugna esa *preocupacion* que muchas *despreocupaciones* de nuestro siglo.

La educacion mató a la familia en Esparta. Al precio de todos los sentimientos, nutrió Licurgo el sentimiento del patriotismo. La ley que condena a muerte los niños valetudinarios es una impiedad de esa educacion. Y es mucha dureza la dureza de las madres espartanas. « Muerto ó vencedor, quiero verte, » dice una madre. — « ¿Han muerto mis cinco hijos? ¿Ha vencido Esparta? Corramos a dar gracias a los dioses, » dice otra madre.

Esta vida temeraria nos revela algunos caracteres del suicidio : pero no del suicidio asqueroso de nuestra edad. Hay poca aficion a la persona, porque hay mucha aficion a la patria. Todo lo contrario en nosotros : es la egolatria nuestra divinidad : nada vemos fuera de nosotros. Cuando no estamos satisfechos en la vida, creemos que nos es lícito abismarnos en la muerte. En Esparta no habia familia, pero habia nacion : entre nosotros, al paso avanzado que llevamos, morirá la nacion y morirá la familia.

En el suicidio pagano no hay impiedad como en nuestro suicidio. Los confesores de la ley de gracia aceptan voluntarios el martirio en gracia de su confesion. Despues de la palabra viva de estos filósofos, ¿qué filósofos son dignos de la palabra?

Despues que hablaron san Atanasio y san Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Juan Crisostomo, doctores de la Iglesia griega; despues que hablaron san Ambrosio y san Gerónimo, san Agustin y san Gregorio el Grande, doctores de la Iglesia latina, ¿qué palabra hay superior a esa palabra? En la humana naturaleza no cabe mas santidad ni mas sabiduria. Nosotros preferimos perdernos con esos sublimes fanáticos a salvarnos con los filósofos enciclopedistas.

En la filosofía pagana todo es movible, como las arenas del mar : tantas son las sectas como los individuos.

¡Como que nuestra noble patria quiere entrar en esa corriente impia!

Vaporoso y eléctrico es nuestro siglo, y queremos vivir de *vapor* y de *electricidad* : nos satisface esta vida : esta vida nos aturde, nos enloquece. Por alcanzarla, rompemos los mas sagrados vinculos, negamos las mas serias obligaciones, desconocemos toda responsabilidad presente y futura, pedimos un nivel para todas las tallas. Reñimos con el pudor, vendemos la conciencia, y cuando no tenemos ni con quien reñir ni qué vender... ¡desventurados! ¿qué nos aguarda entonces? ¿Con quién

santuario de piedad, se sienten los estragos de esa profunda atonia moral. Hasta entre nuestras jóvenes oímos confesar, con dolor lo decimos, que verian como un día de fiesta el último día de su vida. ¡Qué desorden moral!

El hastío postra a los grandes y la envidiosa impotencia postra a los pequeños. Una sed impia devora a unos y una impia saciedad devora a otros. Y por el ancho camino los ricos y por la vereda angosta los pobres, sin fe que los guie, sin esperanza que los sostenga, sin caridad que los conforte, se precipitan, to-

nos envuelve, que con todo nuestro progreso aturridor, de que no podemos gozar siquiera, hemos de parecer bárbaros a los hijos del siglo XX.

¿Cómo tanta muerte en medio de tanta vida, si es tan alta nuestra ilustracion? ¿Porqué se suicida en medio de todas las grandezas, abrumado de honores, lord Castlereagh, marques de Londonderry? ¿Porqué se suicida M. White, presidente que fué de la cámara de representantes en los Estados Unidos? ¿Porqué se suicida el duque de Saint-Tavannes, par de Francia? — ¿Porqué se suicida, ayer no mas, el 6 de mayo, el conde Teleki, ilustre magiar, gloriosa esperanza de la redencion de Hungría? ¿Porqué se suicida? ¿Porqué, tan colmados de dones de fortuna esos envidiados de la tierra, porqué se rebelan contra el Criador? Suicidarse es negar a Dios : negar a Dios es el colmo de la soberbia : el colmo de la soberbia tiene por castigo eterna condenacion. ¡Tan corta vida para tan larga muerte!

Tendamos una mirada sobre el globo y enorgullecámonos de ver en todas partes a los hijos de la luz devorándose como fieras y discurrendo todos los días la manera mas eficaz de despoblar el mundo : de despoblarlo al vapor, a la electricidad. ¡Qué progreso!

Las instituciones políticas han depravado la condicion moral de nuestros pueblos. La anarquia de las instituciones ha engendrado la anarquia dogmática. Nada nos merece fe. Los grandes dolores seran nuestra enseñanza y grandes dolores nos esperan, antes de abrir los ojos a la luz. ¡Que nos ilumine pronto la luz que brilló sobre el Calvario!

¿Cómo salvarnos del suicidio, si miramos quebrada la copa de nuestras glorias? ¿Si para nosotros todo es mortal como nuestras delicias? ¿Si todo es pasajero como nuestra dominacion? ¿Si todo es mentira, como nuestro fausto? ¿Si todo es nada, como nuestra divinidad?...

Recojamos nuestra cosecha de espinas : pidamos a Dios que se apiade de nosotros, porque no hay desventura igual a nuestra desventura en la historia de la humanidad.

RECOJAMOS NUESTRA COSECHA DE ESPINAS : PIDAMOS A DIOS QUE SE APIADE DE NOSOTROS, PORQUE NO HAY DESVENTURA IGUAL A NUESTRA DESVENTURA EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD.

EVARISTO FOMBONA.

Mas pormenores

SOBRE LA ULTIMA ERUPCION DEL VESUBIO.

Aunque hemos hablado ya a nuestros lectores del suceso a que se refiere el epigrafe anterior, creemos veran con gusto la siguiente descripcion del mismo redactada por un testigo ocular, que tomó sus apuntes sobre el mismo terreno en que ocurría.

PRIMERA EXCURSION. — Hoy 8 de diciembre, hacia la una del día, se sintió un temblor de tierra que impulsó desde el gran Cono hasta la ermita, y desde el atrio del Caballo hasta la planta de la Gonestre, todas la escorias de lava de la erupcion de 1858. A las dos de la tarde, la cima del gran crater continuaba tranquila, pero expeliendo fuertes emanaciones de azufre. A las dos y media, nuevo temblor de tierra, y en un terreno situado al pié del Vesubio, llamado *Schiappe*, propiedad de Francisco Mabruccio, poblado de viñedo y arboles frutales, se produce una columna de humo. A las tres, igual número de bocas de fuego se abren, vomitando torrentes de lava con explosiones atronadoras, a una altura de mas de 200 metros. Un bosque de robles desaparece en union de un caserío; afortunadamente el colono al apercibirse de las primeras sacudidas de tierra comprende todo el peligro y trasporta inmediatamente cuanto tenia de mas precioso, sacando sus aperos y animales de labranza, a excepcion de un asno que pereció en medio de las llamas.

Esta erupcion se presentó a un cuarto de hora de distancia de la capilla nombrada Ricovero, en cuyo altar, despues de 48 horas, se hallaba la imagen de san Genaro, iluminada con profusion de cirios. En este pequeño edificio, muy venerado, se veia en oracion el guardian de la capilla. Este espectáculo, religioso y poético a la vez para las almas cristianas, resplandecia de sublime grandeza, casi al lado donde la inmensa hoguera se levantaba terrible y amenazadora.

El torrente de lava se extendia sobre una longitud de mas de 250 metros, cubriendo una parte de la antigua lava de 1822, en direccion al palacio Cardinal.

A las nueve de la noche la erupcion estaba en su mas grande violencia : ocho bocas arrojaban la destrucccion, produciendo horribles detonaciones subterráneas, que desgajaban la tierra. El gran Cono del Vesubio sin embargo, continuaba siempre silencioso. Ocho casas de los alrededores fueron arrebatadas, quedando milagrosamente en pie, circundada de lavas, la perteneciente a un tal Scognamiglio.

A media noche el fuego avanzaba mas de 200 metros : once bocas despedían el humo y los escorbos abrasados a una gran distancia. Una espesísima lluvia de ceniza cubria todo el suelo a muchos centímetros de



La erupcion del Vesubio. — Vista tomada en Torre del Greco.

En la filosofía cristiana todo es inmóvil como la verdad dogmática, no sujeta a tiempos ni paises : nada de discusion. Desde que la Cruz dejó de ser simbolo de escándalo para ser simbolo de redencion, es de un precio infinito la vida humana, y la mayor de las blasfemias el suicidio. Se rebela la criatura contra el Criador y desprecia airada sus grandes beneficios.

Es Europa la primogenita de la civilizaciou cristiana, y su historia del suicidio nos estremece. De Inglaterra y Francia son las páginas mas sombrías de esta tremenda historia.

reñimos? ¿qué vendemos?... ¡Reñimos con nuestra vida! ¡Vendemos nuestra vida a la desesperacion que es el abismo del alma, desnuda de toda fe—desnuda de toda esperanza—desnuda de toda caridad, hasta de la caridad del egoismo!... ¡Vendemos el cuerpo y vendemos el alma!...

En las chozas como en los palacios, en la mediana como en la opulenta fortuna, en la florida como en la senil edad, se siente, como no se sintió nunca en ningún periodo de la historia, y con tales caracteres, el cansancio de la vida. Hasta en el corazón de la mujer,

dos miserables, en los abismos de la desesperacion. Ni aprendemos de los gentiles, nosotros hijos de la ley de gracia. Ahí están, dice en boca de Eneas el cisne de Mantua : ahí en los infiernos, ahí están, devorados por las furias del dolor, los que con sus propias manos se dieron muerte, los que cansados de la vida, se arrancaron el alma. ¡Ah! ¡cuanto darian hoy por estar en el mundo, resignados a la mas dura pobreza y a los mas penosos trabajos!

Contra la sacrilega opinion de un doctor inglés, antiguo dean de San Pablo, el suicidio es un ultraje a la

agonia y para colmo de desventura se precipitan en la eternidad.

Crear es vivir.

Ni grandes palacios, ni grandes riquezas hacen falta para deslizarse serenas las cortas horas de la vida. Y si tal es nuestra estrella que vivir es luchar, luchemos : la lucha es temporal y perdurable el galardón : el heroísmo no es una vulgaridad.

Es digno de anatema el suicidio del siglo XIX. Llamamoslo en nuestro orgullo siglo de ilustracion. Y es tal el desorden en que vivimos y tan denso el caos que

elevacion; esta ceniza llegó hasta el barrio de Nápoles conocido por el Granil.

En su mas lata extension la lava habia recorrido dos kilómetros próximamente en direccion del mar y justo enfrente de la capilla Branchetta y de la iglesia del Creador. Los vasos sagrados de estos templos habian sido salvados, y todas las casas de las cercanias desalojadas á tiempo. Cinco granjas con las habitaciones rurales han desaparecido.

Imágenes de santos protectores estaban fijadas en los sitios mas amenazados.

Por fin el torrente de lava se detuvo en el cortijo de Luca.

Durante esta noche de erupcion no he encontrado en todo el camino mas que familias extranjeras. Los ingleses, sobre todo, tan aficionados á las expediciones peligrosas, no faltaban en las cercanias del volcan. Una comitiva de estos hijos de la soberbia Albion, compuesta de individuos de los dos sexos, provista de viveres de boca y guerra, pasó toda la noche al rescoldo de las llamas.

Los napolitanos, indiferentes á los desahogos del Vesubio, prefirieron asistir á los teatros y á espectáculos de otro género. Para ellos carece de novedad uno de los fenómenos mas magníficos, imponentes y majestuosos de la naturaleza, y de su inflamable suelo. Así pues, los vendedores de teas, los cocheros, los cicerones, los aguadores, los alquiladores de chuchos (*asnos*), prorumpian en plañideras y amargas quejas contra el mal gusto de sus compatriotas.

El general La Marmora ha pasado una parte de la noche en la ciudad de Torre del Greco, situada á las faldas del Norte, y amenazada inminentemente de la invasion de la lava, dictando acertadas disposiciones para evitar las desgracias y los robos, rodeando la ciudad de un cordón de tropas, y poniendo á disposicion del vecindario los carros militares para el transporte de efectos. La guardia nacional de los pueblos inmediatos se ha prestado con celo y voluntad para secundar las medidas de la autoridad.

SEGUNDA EXCURSION. — 11 de diciembre. Los nuevos cráteres que se han formado en la parte inferior del gran Cono no arrojan ya mas lava, dejando escapar únicamente vapores sulfurosos.

Un sendero se ha abierto por los extranjeros y los guías, permitiendo, á riesgo de quemarse los piés sobre la ceniza y las escorias caldeadas todavia, contemplar los abismos que la vispera vomitaban torrentes de fuego.

A derecha é izquierda de esas bocas de mas de 90 centímetros de profundidad, y á una distancia mayor de 200 metros, se ven materias calcinadas, producto de la ardiente lava.

Los campos cultivados y los cortijos inmediatos han sido arrollados por la corriente devastadora: desgracias personales no hay que lamentar mas que dos: un inglés y su guia, víctimas de una imprudente y temeraria curiosidad.

El cardenal de Nápoles, el eminentísimo señor Riario Sforza, ha perdido muchos terrenos cubiertos por la lava.

Unos ladrones visitaron una casa de campo destruida para ver de apoderarse de lo que hubiera respetado el incendio. Encontraron en ella intactos los aperos de labranza y algunas gallinas que se llevaron consigo, dejando sólo un gato que su dueño recogió sano y salvo al cabo de tres dias.

Las emanaciones de los cráteres y la copiosa lluvia de ceniza ha alejado los pájaros de las aproximaciones del volcan.

En cambio se han trasladado al mismo los vendedores de agua, de cigarros, y los fundidores de lava, armados de sus correspondientes moldes con la efigie de los soberanos caidos del trono de Nápoles, de Garibaldi, de Victor Manuel, de la reina Victoria y de Napoleon III.

TORRE DEL GRECO.

El aspecto de esta ciudad es doloroso. Otra sacudida de terremoto ha abierto todo el pavimento de la montaña y de la expresada ciudad hasta la marina. Sobre la plaza del Campanile se ha producido una enorme cavidad. El empedrado de esta poblacion, de grandes adoquines de lava, ha saltado por completo. Todas las casas han padecido profundamente, y algunas han caido á tierra, á mi presencia, en medio de un horrible estrépito.

El suelo se halla cubierto de escombros; por do quiera no se ve mas que terror, desolacion y espanto. La circulacion se hace difícil y peligrosa por instantes: el paso de carruajes está prohibido; el ferro-carril interceptado; las tropas y guardia nacional signen vigilando y multiplican sus servicios. La proteccion prestada por las autoridades es tambien digna de elogio. Varios edificios del gobierno han sido destinados para las personas menesterosas que carezcan de albergue. El ayuntamiento de Nápoles ha enviado camas y colchones y puesto á disposicion de los mas desgraciados para que sean socorridos, la suma de 12,000 ducados. Una junta de dicha corporacion deberá ocuparse en recoger los fondos que se vayan recaudando de una suscripcion á que la misma municipalidad ha invitado al público por medio de una sentida alocucion. Los vecinos de Torre Anunciata, en cuya poblacion se refugiaron la mayor parte de los de Torre del Greco, han rivalizado en caridad, prodigándoles toda clase de socorros. En Nápoles, las empresas de los teatros anuncian beneficios para remediar algun tanto la calamidad, las bandas de los doce

batallones de la guardia nacional, y los cantantes del teatro de San Carlos, se ofrecen á dar conciertos vocales é instrumentales con igual objeto. Se ha establecido un servicio gratuito de vapores de Nápoles á Castellamare y vice-versa, mientras la linea del camino de hierro no vuelva á funcionar.

Es la octava vez que la ciudad de Torre del Greco ha sido destruida por el Vesubio, y otras tantas ha vuelto á edificarse sobre sus propias ruinas. Tal empeño parece un desafio á muerte entre dos obras del Ser Supremo.

Los vecinos de Torre del Greco reclaman el privilegio del suelo que los vió nacer. La montaña volcanica que se erige implacable, llena de majestad y amenazadora sobre sus cabezas, dice por sus cien bocas de fuego que ella tiene sola el derecho de reinar allí como soberana, y que los insensatos que quieran poner un dique á su poder omnimodo, sucumbirán como sucumbió Pompeya y Herculano.

EN VERSO Y PROSA.

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO

POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

PERSONAS.

DOÑA LUISA. FERNANDO.
ANA. RUFINO.
AMALIA. UN CRIADO.
FACUNDO. UN LACAYO que no habla.

La accion se supene en Madrid.

ACTO UNICO.

Gabinete de Fernando lujosamente ataviado aunque con algun desorden en la colocacion del mueblaje. Mesa con recado de escribir y un cartapacio. — En un rincon un caballete y en él un retrato de mujer sin concluir y vuelto de cara hácia la pared. — Paletas, lienzos, pinceles y demás objetos pertenecientes á la pintura. — Puerta en el fondo y un balcon á la derecha. — Puerta lateral en la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA, que entra por la puerta del fondo al alzarse el telon.

DOÑA LUISA.

¡Qué desorden! ¡qué desarreglo tan completo! Estos jóvenes tienen dada la cabeza a pájaros. Agregue usted a esto el descuido de mis criados y tendremos ajustada la cuenta. Segura estoy de que no habra entrado aquí uno solo desde que cai en cama. Ya se ve; así esta el gabinete de mi hijo que parece una escuela de dancantes.

ESCENA II.

DOÑA LUISA, el CRIADO.

CRIADO.

¡Señora!

DOÑA LUISA.

¿Qué ocurre?

CRIADO.

Don Rufino de la Alcubilla me ha dado esta tarjeta (*entregándosela*) y dice que desea ver á Vd. ¿Le digo que pase á la sala?

DOÑA LUISA.

No, es persona de confianza y puedo recibirle aquí. Que entre. (*Váse el criado.*)

ESCENA III.

DOÑA LUISA, luego RUFINO.

DOÑA LUISA.

(¿Qué me querrá el bueno de don Rufino?)

RUFINO.

¿Da Vd. su permiso?

DOÑA LUISA.

Adelante.

RUFINO.

A los piés de Vd., mi señora doña Luisa.

DOÑA LUISA.

Beso á Vd. la mano, don Rufino.

RUFINO.

Supongo que no habrá Vd. tenido ningun nuevo percauce en su interesante salud...

DOÑA LUISA.

No, mil gracias; pero ¿puedo saber á qué feliz ocurrencia debo el gusto de verle en casa tan de mañana?

RUFINO.

(Cada vez estoy mas turbado y confuso. Confieso que soy algo pusilánime y reniego de mis...) Señora doña Luisa... yo... yo venia...

DOÑA LUISA.

Vamos, animese Vd. Ya sabe que puede hablarme con franqueza.

RUFINO.

Es Vd. tan buena y tan bondadosa y tan sensible, que... á la verdad, yo...

DOÑA LUISA.

Don Rufino, ¿se ha vuelto Vd. tartamudo?

RUFINO.

Es que... (*Cada vez con mayor encogimiento.*)

DOÑA LUISA.

He advertido que tiene Vd. la malhadada costumbre de darse á entender por medio de monosílabos y confieso que no los comprendo. Suplico á Vd. que hable con claridad.

RUFINO.

Sí, señora, sí; la claridad es una virtud muy recomendable. (Pues señor, pecho al agua.)

DOÑA LUISA.

(¡Está despacio!) Tenga Vd. la bondad de tomar asiento. (*Se sientan.*)

RUFINO.

Con permiso de Vd. (Así como así me tiemblan las piernas horriblemente y siento unas crispaturas...)

DOÑA LUISA.

Vamos, estoy esperando la relacion de Vd.

RUFINO.

Pues... sí, señora; ayer... Supóngase Vd. que tuve un placer muy vivo... vivísimo. Supe la llegada de Anita... de mi señorita doña Ana, su lindísima hija de Vd. — (¡Jesus! ¡estoy sudando á mares!)

DOÑA LUISA.

Siempre le he considerado como uno de nuestros mejores amigos y estoy persuadida del verdadero interés que le inspiramos.

RUFINO.

Sí, señora; un interés puro, sin límites; un interés que raya en lo fabuloso, y Anita... la adorable Anita...

DOÑA LUISA.

(¿Sí estará este ente enamorado de mi hija?)

RUFINO.

Anita sobre todos ustedes. Cuando se ausentó de Madrid no supe lo que me pasaba... vertí un mar de lágrimas.

DOÑA LUISA.

¡Pobre don Rufino! se conoce que es Vd. demasiado tierno.

RUFINO.

Mucho, señora; soy como una manteca. (Estoy trémulo... no sé lo que me digo.)

DOÑA LUISA.

¡Válgame Dios, qué palidez! ¿Está Vd. malo, don Rufino?

RUFINO.

Del corazon; señora... es una afeccion moral... pero crea Vd. que... que no es nada. Un vahido...

DOÑA LUISA.

Entonces procederá mas bien del estómago. ¿Quiere Vd. tomar algun refrigerio?

RUFINO.

No, señora, gracias. Yo venia... venia á suplicar á Vd. que me concediese una entrevista... como si dijéramos un momento de audiencia, para decir á Vd.

DOÑA LUISA.

Estoy escuchando.

RUFINO.

Que, en la seguridad de que no soy pobre... (¡Valor, Rufino, sonó la hora!) y que... sabiendo Vd. mi buena conducta...

DOÑA LUISA.

Su conducta me ha merecido siempre el mas ventajoso concepto.

RUFINO.

Ya lo sabe Vd., señora; soy muy morigerado... las costumbres del dia no me contagian. Comedido con el bello sexo... respetuoso con los hombres...

DOÑA LUISA.

Sí, sí, es demasiado cierto; lo sé.

RUFINO.

Ya ve Vd. las costumbres de los hombres de la corte. Tanto les importa seducir á una niña, como darse de estocadas y matar á un prójimo. Yo soy muy distinto de eso: para mí una virgen es un santuario, é ignoro lo que es un duelo. La sangre de un semejante... ¡ay!

DOÑA LUISA.

¿Se va Vd. á desmayar, don Rufino?

RUFINO.

Nada de eso, señora; decia que los jóvenes de Ma-

drid están completamente corrompidos. Yo quiero segregarme, huir de ellos para siempre, y he pensado contraer vínculos matrimoniales con una señorita...

DOÑA LUISA.

¿Ignora Vd. que el matrimonio?...

RUFINO.

Es un sacramento, una institucion santa aprobada por la Iglesia. Y como la jóven á quien amo es la representacion del pudor y la inocencia... como su educacion y su belleza y su...

DOÑA LUISA.

Se conoce que está Vd. extremadamente apasionado.

RUFINO.

Ciego, señora: Cupido ha tocado en mi corazon con la mas aguda de sus flechas.

DOÑA LUISA.

¿Y es Vd. correspondido?

RUFINO.

Sí, y no, señora. El ángel de mis ensueños es posible que nada sepa todavía; pero mis ojos... ¡ay doña Luisa! mis ojos le han dicho mil veces...

DOÑA LUISA.

¿Y puedo saber?...

RUFINO.

Voy á decirlo, señora; voy á decirlo porque... la verdad, solo á eso he venido. Anita...

DOÑA LUISA.

¿Mi hija?

RUFINO.

Su hija de usted.

DOÑA LUISA.

Vamos, acabe de explicarse.

RUFINO.

Pues bien, es ella... y yo... de hinojos ante Vd. (*Queriendo arrodillarse.*)

DOÑA LUISA.

Por Dios, don Rufino, que va Vd. á mancharse los pantalones; levántese usted.

RUFINO.

¿Me perdona Vd.? ¿será tan buena que me permita llamarle mamá?

DOÑA LUISA.

Por mi parte, si ella lo quiere y no rechaza su mano...

RUFINO.

¡Dios mio!... ¡yo me vuelvo loco!... ¿Con que será mía?

DOÑA LUISA.

Ya he dicho que no me opongo; pero eso lo ha de hacer ella... ella sola.

RUFINO.

Sí, señora, sí, ya lo comprendo, y soy el mas feliz de todos los mortales.

DOÑA LUISA.

Pero ¿está Vd. seguro de ser correspondido?

RUFINO.

¡La amo tanto!

DOÑA LUISA.

No basta eso; es menester que ella...

RUFINO.

Me querrá, me querrá. (¡Cáspita! me he portado; he estado valiente... como nunca.)

DOÑA LUISA.

Ahora... si Vd. me permite...

RUFINO.

Sí, mamá, querida mamáita... yo volveré mas tarde. Indíquela usted...

DOÑA LUISA.

Eso no lo espere Vd. por ahora.

RUFINO.

Bueno, bueno; Vd. me lo promete y...

DOÑA LUISA.

(¡Hombre mas necio!) Adios, don Rufino.

RUFINO.

Sí, sí; hasta luego, mamá... — A la disposicion de usted.

ESCENA IV.

DOÑA LUISA.

Me parece todo un infeliz, pero ya demasiado meticuloso. Yo tampoco estoy por esos jóvenes del dia tan calaveras, tan presumidos en su mayor parte, mas no por esto quisiera tropezar en el polo opuesto confiando a un marica la mano de mi querida Ana, de mi hija por cuya dicha debo y quiero velar constantemente. Por eso dudo mucho que quiera corresponderle. Seria un marido sumiso, pero no del todo simpatico. Los hombres deben demostrar que lo son: si él no toma la iniciativa no será yo quien lo haga. Entre tanto, será bueno permanecer a la expectativa. (*Pausa.*) Ya creo que se acerca mi Ana.

ESCENA V.

DOÑA LUISA, ANA.

ANA.

Felices dias, mamá. (*Besándola.*)

DOÑA LUISA.

Qué tal, ¿has descansado, hija mia?

ANA.

Cerca de Vd., perfectamente. Por eso tenia tantos deseos de volver á Madrid. ¿Y Fernando?

DOÑA LUISA.

Nuestro pintor, tan madrugador como siempre. Se habrá levantado para ir á contemplar las ricas galas con que se ostenta la aurora, como decia un poeta, y de paso...

ANA.

¿A dónde, mamá?

DOÑA LUISA.

Presumo que á rondar á alguna reina de sus pensamientos.

ANA.

¿Tan enamorado le supone usted?

DOÑA LUISA.

¿Qué jóven á sus años no tiene ya alguna inclinacion por mas que esta sea pasajera? Creo pues que lo está; pero esto no me alarma, porque estoy segura de que siempre será el mejor de los hijos y el mas cariñoso de los hermanos.

ANA.

Dice Vd. bien, la ternura de Vd. y mi profundo afecto le enorgullecen, le hacen feliz. Anoche sin ir mas lejos...

DOÑA LUISA.

Continúa, hija mia.

ANA.

Como la indisposicion de Vd. le impedia llevarme al teatro de Oriente y la *Favorita* es mi ópera predilecta... le rogué que nos llevase y accedió á mi súplica, faltando á la palabra que habia dado á un amigo.

DOÑA LUISA.

¿Y sabes qué palabra era esa?

ANA.

Segun creo, el amigo mencionado es poeta. Ensayábase, no sé en dónde, una de sus obras dramáticas, y Fernando le habia prometido...

DOÑA LUISA.

Te comprendo, hija mia. Ese amigo de tu hermano es un jóven muy apreciable; pero algo ligero de cascos.

ANA.

¿Y consiente Vd. que se trate con él?

DOÑA LUISA.

No es indigno de ello, Anita; sus pocos años y sobre todo su viveza le disculpan.

ANA.

No recuerdo...

DOÑA LUISA.

Probablemente no le conocerás. La amistad de ambos data de pocos dias despues de tu marcha á Sevilla; pero como los dos son casi de una edad, y ambos son ricos y concurren á unas mismas tertulias... Pero hablemos de ayer. ¿Te divertiste mucho? ¿Estuviste en el Prado con Amalia?

ANA, algo turbada.

Sí... un rato.

DOÑA LUISA.

¿No estuvo Fernando allí?

ANA.

Al oscurecer se incorporó con nosotras, y desde allí nos dirigimos á casa de Amalia para ir luego al teatro. Fernando escribió á su amigo dándole algunas disculpas, y despues nos consagró el resto de la noche.

DOÑA LUISA.

Tal vez no haya tenido tanta parte la fraternidad como el amor en ese sacrificio. ¿Sabes que antes de tu partida tuve ocasion de observar cierta inteligencia ó cierta inclinacion por lo menos entre Amalia y Fernando?

ANA.

Me está Vd. sorprendiendo verdaderamente. Vamos, por eso no queria ella admitir mi convite.

DOÑA LUISA.

¿La has convidado por ventura?

ANA.

Sí, mamá; me he tomado la libertad de invitarla á almorzar con nosotras, suponiendo que Vd. seria gustosa en ello. ¿No es verdad?

DOÑA LUISA.

Muy mucho, hija mia.

ANA.

Alguien se acerca. Ella es.

ESCENA VI.

DICHAS, AMALIA, seguida de un lacayo que marcha.

AMALIA, á Ana que corre á su encuentro.

No dirás que no vengo temprano. ¡Señora! (*Viendo á doña Luisa.*)

DOÑA LUISA.

Bienvenida, Amalia. Usted llega bien á su casa á cualquiera hora.

AMALIA.

¿Se ha mejorado usted?

DOÑA LUISA.

Sí, gracias; me siento perfectamente.

ANA.

¿Has visto á Fernando?

AMALIA.

No, no he tenido ese gusto. Supongo que desde anoche...

ANA.

¿Qué?

AMALIA.

No habrá tenido novedad en su salud.

DOÑA LUISA.

Amalia, ya sabe Vd. que la trato con franqueza. Tengo algunos quehaceres y me retiro con su permiso; con que hasta luego.

AMALIA.

Sí, sí, hasta luego.

(*Se continuará.*)

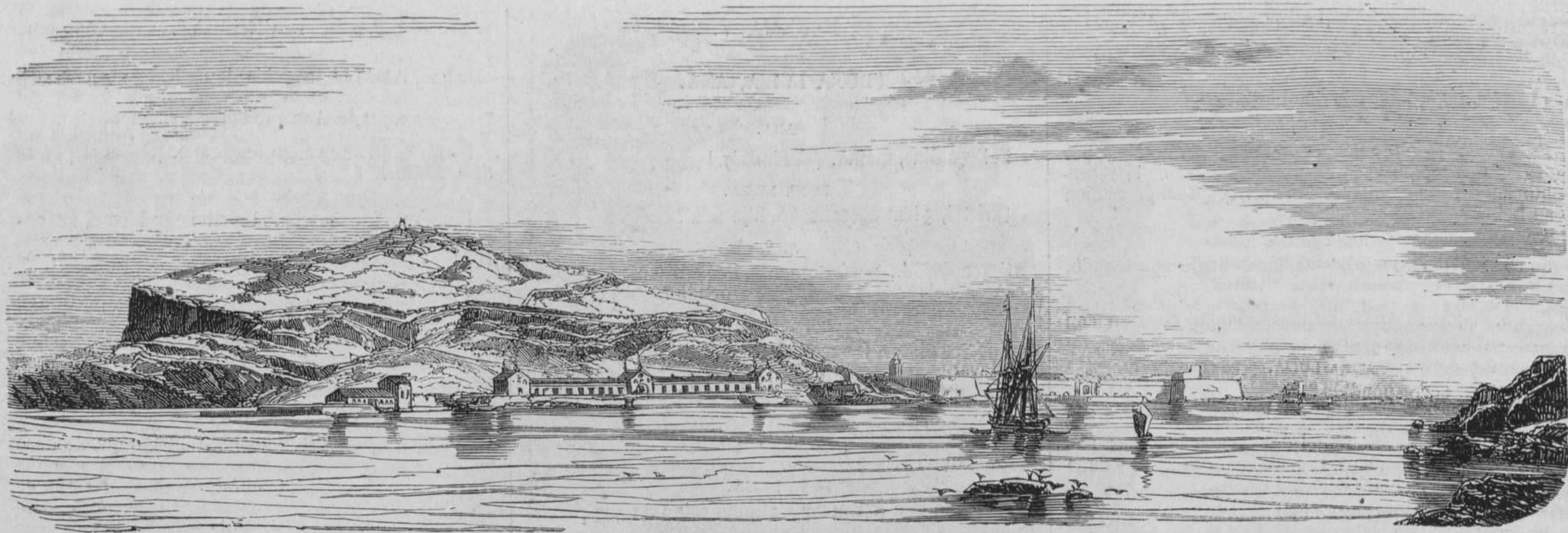
Apuntes de un viaje á España.

POR M. DE RIBEYRE DE VILLEMONT (1).

Hace diez años el viajero mas intrépido, en el momento de emprender un viaje á España, solia vacilar ante la perspectiva de caer en manos de los ladrones de camino real, ó de tener que sufrir los horrores de una cena y de una noche en una posada de aldea. En el dia, gracias á la guardia civil, perfectamente organizada y escalonada en todos los caminos que recorre continuamente en patrullas, se puede atravesar la península con el bolsillo en la mano, sin temer que el trabucazo de rigor le arranque á uno de sus meditaciones. En lo sucesivo, los ladrones de camino real seran en España lo que son en otros países, personajes de teatro, y el viajero excéntrico que considere una aventura de bandidos como un requisito indispensable en una excursion por Castilla ó por Andalucía, tendrá que hacer lo que hizo Alejandro Dumas, pagar á algunos mendigos para que representen ese triste papel. Pero una policia, por buena que sea, no habria bastado seguramente para desarraigar unos hábitos que parecian inherentes al carácter de los habitantes de ciertas localidades, y por esta razon debemos buscar mas arriba la causa de esa importantísima mejora.

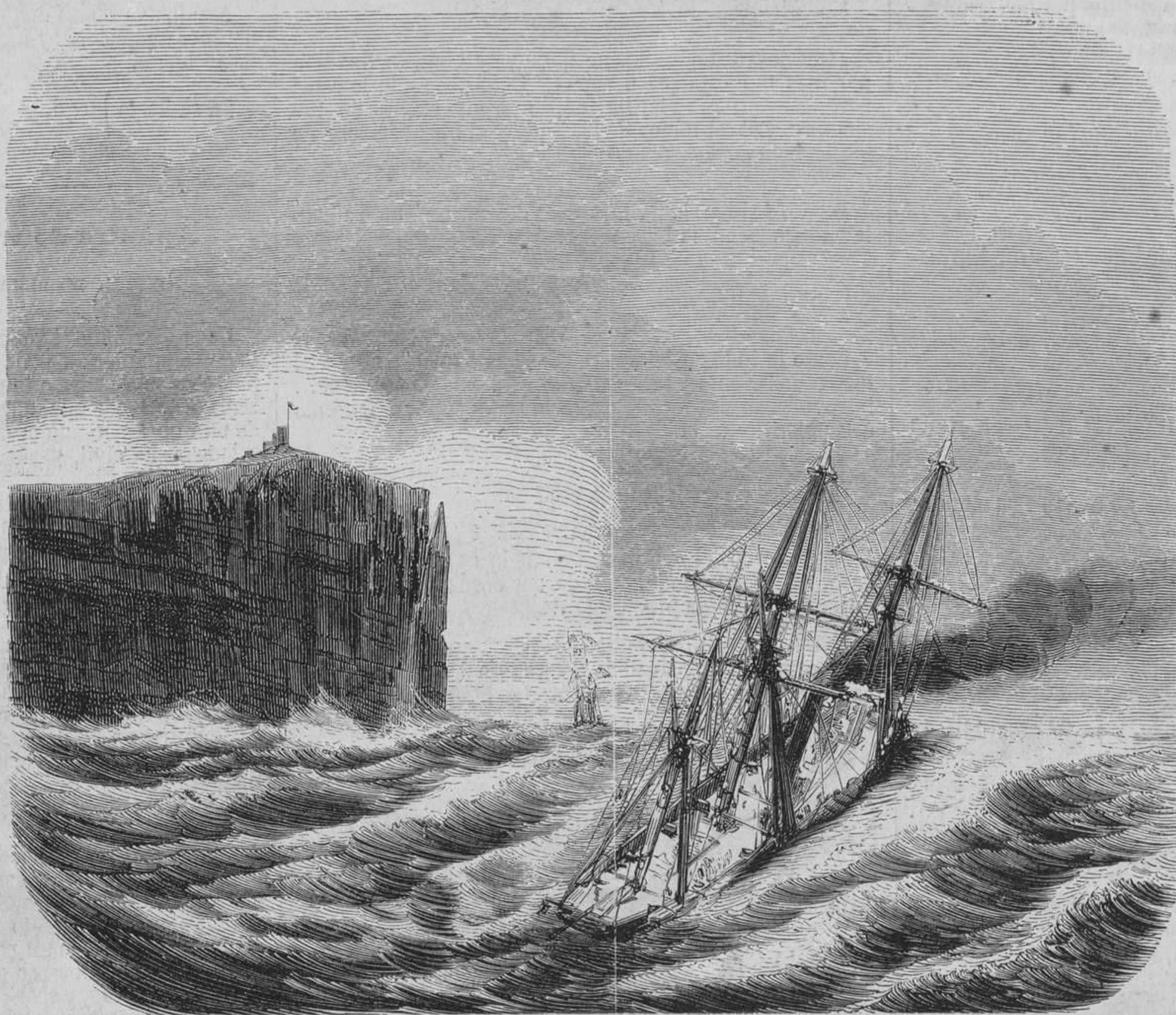
Las divisiones y los odios de los partidos políticos que durante tanto tiempo han prolongado la anarquía y el desorden en España, comienzan á calmarse. El español, para quien es un culto el sentimiento patriótico, ha comprendido que en un país desgarrado por las revoluciones no hay gobierno posible sino á costa de concesiones recíprocas, y sacrificando cada cual su amor propio, sus rencores, su ambicion personal y á veces hasta su opinion en aras de la paz y de la prosperidad de la patria, se ha acordado del papel que representó durante dos siglos la gran nacion española, dividida y empobrecida en nuestra época, sin industria, sin comercio, sin caminos para que circulen los ricos productos de su territorio; finalmente, ha echado una ojeada en su derredor, y ha visto que gracias sobre todo á la actividad industrial, á la seguridad y la rapidez de las vias de comunicacion y á la extension de su crédito, la Inglaterra y la Francia se han conquistado esa prosperidad, y valerosamente ha puesto manos á la obra. De este modo pues, ¡qué de progresos en diez años! Las partes mas ricas de la España están surcadas ya por los ferro-carriles; muchos servicios de sillas de posta y de diligencias muy bien dirigidos completan los vacíos que dejan aun los caminos de hierro; por todas partes se elevan establecimientos útiles; el crédito renace con la confianza, y allí donde hay agua y brazos, que es lo que mas falta hace en España, se fertiliza la tierra. Fácil es concebir que en el seno de una sociedad donde así se trabaja, no hay lugar para el brigandaje organizado. En todo se conoce que renace una gran nacion que en breve volverá á tomar en Europa el puesto que la corresponde. En cuanto á nosotros, que hemos recibido por todas partes en nuestro viaje la hospitalidad mas franca y cordial, que hemos podido apreciar las eminentes cua-

(1) Con gusto traducimos para nuestro periódico los apuntes del viaje por España que acaba de hacer M. de Ribeyre de Villemont, pues si bien como extranjero encuentra chocantes algunos de nuestros usos y costumbres que regularmente él mismo concluye por explicarse de un modo natural y por lo tanto favorable para nosotros, en el fondo su escrito está redactado con sano juicio, y contiene exactas y verídicas apreciaciones sobre los hombres y las cosas de nuestro país en la época presente, al paso que consigna los progresos materiales que se han realizado en España en los últimos diez años. (N. DE LA R.)



Entrada del puerto de Mahon.

lidades de ese gran pueblo, su patriotismo, su lealtad, su independencia, su adhesión a los recuerdos del pasado y su amor a sus libertades constitucionales, no podemos menos de consignar aquí nuestro deseo de que no se detenga en su movimiento hacia los beneficios de la civilización, y nos atrevemos a esperar que no se lanzará de nuevo sobre el océano de las revoluciones en busca de la utopía del mejor de los gobiernos. La España está dotada de excelentes instituciones políticas, ha conservado sus libertades provinciales y comunales, y no le falta nada para llegar con rapidez a su alto destino, nada si no es un poco más de espíritu público en sus hombres de Estado, y menos ambición en sus hombres políticos. Estas dos últimas líneas contienen máximas de oro para el pueblo español. Los hombres eminentes a quienes he interrogado sobre este punto, me han dicho unánimemente: «Lo tenemos todo, excepto verdaderos hombres de Estado; la ambición y la corrupción son aquí, como en todas partes, la verdadera plaga del go-



El cabo Alto.

bierno.» La España se encuentra pues en un estado de transformación, momento favorable que debe elegir el viajero para visitar un país, pues al lado del bienestar que introduce la civilización, encuentra todavía la originalidad y el carácter pintoresco de los usos, costumbres y trajes de otra época. Bajo este concepto la España no dejará de ser aun una mina inagotable para el lápiz del artista y para la pluma del escritor.

En los bocetos que trazamos aquí nos falta espacio para terminar el cuadro. Son algunos rasgos aislados, algunas indicaciones de un estudio que debemos completar más tarde.

Hay hombres aficionados al colorido local, como ellos se llaman, que suponen que la España debe ser visitada en el verano, sin duda por la razón de que la campiña quemada por el sol se asemeja a un desierto; porque los caminos tienen tres pies de polvo, porque la población escondida en sus frescos patios no sale más que de noche, porque se vive como en un horno, porque toda la nieve de Sierra Nevada basta apenas para calmar una sed



El puerto y la ciudad de Mahon.

insaciable, y en fin, porque hay que disputar la cama á miles de insectos que se han recogido de día en los paseos, cosas todas muy capaces de hacer que el hombre encuentre detestable todo lo que le rodea. El sostener semejante proposición es un capricho de artista que tomamos por lo que vale. Siempre queda bastante sol y bastante colorido local en España, y á todos los franceses que quieran emprender ese precioso viaje, les aconsejamos que le principien en otoño por Barcelona y se vuelvan en junio por las provincias vascongadas: ¡nueve meses de primavera pasados en medio de naranjos y palmeras en el tiempo en que están cargados de fruta, bajo un cielo mucho mas puro y mucho mas azul que bajo la atmósfera abrasadora y sofocante de la canícula!

Marchemos pues á Barcelona. Perpiñan, adonde llegamos al medio día, tiene un caracter enteramente español. La triple coraza en que le encerró Vauban le impide que respire y se extienda; así sus calles son estrechas, sombrías y tortuosas, pues cada casa ha querido subir mas arriba que su vecina en busca del aire y la luz. Como la diligencia de Barcelona no sale hasta la una de la madrugada, tenemos tiempo para dar una vuelta á las murallas, desde donde se descubre una vista magnífica sobre los Pirineos y el campo que se parece mucho



Habitantes de las islas Baleares: tipos de campesinos.

al de Niza. En una callejuela inmundada, al lado de un viejo caseron, nos encontramos frente á frente con un naranjo colosal cubierto de frutos ya dorados. ¿Cómo ese árbol tan aristocrático ha venido á caer allí en el fango y el olvido?

Si se echa en cara á los franceses un poco de ligereza, no es seguramente en la elección de sus vehiculos de viaje. Una pesada diligencia, con un tiro de cinco animales mas pesados aun, nos lleva gravemente hacia España. El mistral levanta nubes de polvo que me impiden descubrir el camino. Solo en la berlina, estoy soñando con la Andalucía, la Alhambra, los mirtos y los naranjos, las mantillas y los cabellos de ébano, cuando un carabínero español me tira de la manga y me pide cortésmente el pasaporte. Estamos en la Junquera, frontera española. Apenas examinan mi equipaje, y el jefe de la aduana me hace un profundo saludo que yo me apresuro a devolverle, pues estamos en un país donde se formalizan con la menor muestra de descortesía. Principia á amanecer, la vista que descubro es pintoresca y silvestre: pasamos un contrafuerte de los Pirineos. En breve nos apeamos en Figueras, pueblecillo célebre por su fortaleza de primer orden y por el sitio de cinco meses que sostuvo contra los franceses mandados por Macdonald. Aquí se para diez minutos para almorzar,



Vista general de Barcelona.

pero apenas me he tragado dos huevos crudos y una taza de cierto brevaje llamado café, cuando un muchacho me advierte que se marcha la diligencia. Durante estos diez minutos mi equipaje ha sido trasladado de un pesado buque francés á una ligera chalupa española, y me encuentro frente á frente por primera vez con el grotesco aparato que debe llevarme á Barcelona. Un carruaje ligero de un amarillo claro, color que sin duda gusta mucho en España, pues se ve en muchos edificios, en el traje de cuartel de los soldados, etc.; diez mulas muy delgadas con penachos encarnados y amarillos, y tres mozos tan flacos como sus mulas, me esperan con impaciencia. Me meten en la berlina que ocupo yo solo, diciéndome que mi equipaje está en su puesto correspondiente. Uno de los mozos, el delantero, monta la mula de la izquierda de la primera pareja, el mayoral se encarama a su asiento, y el zagal, con un latigo en la mano y un pañuelo encarnado atado en forma de turbante á la cabeza, distribuye cinco ó seis advertencias sobre las costillas de sus mulas, todo esto acom-



Habitantes de las islas Baleares: tipos de las ciudades.

pañado de gritos agudos, y partimos al triple galope con mucha alegría de los chiquillos de Figueras. Por mi parte acomodandome lo mejor que puedo en mi berlina para no romperme la cabeza contra los cristales de las portezuelas, confieso que no deja de divertirme este nuevo modo de correr la posta, así como el buen humor de mis conductores que sacuden á las mulas y gritan que es un portento.

Hace un día hermosísimo; el país muy accidentado está cubierto de olivares y de viñas. Se le ocurre a uno preguntarse: ¿porqué prefieren ese extraordinario vehiculo, esas diez mulas éticas y tres mozos que no cesan de pegarlas, a dos buenos caballos con un buen conductor? Hasta por la tarde no pude responderme á esta pregunta, y entonces me convencí de que los conductores eran muy propios de las mulas, las mulas y el coche del camino y el camino del país que atraviesa. Figúrese el lector el cauce de un torrente seco, barrancos, agujeros, peñascos, arena hasta los ojos, rios que se atraviesan á vado, un camino increíble, imposible, y con

todo esto un carruaje á escape siempre y que llega á su destino con la puntualidad de un tren express.

Cuanto peor es el camino mas se corre, pues entonces el zagal se apea y sacude de tal modo á las mulas, que estas se vuelven locas. Es evidente que únicamente las mulas pueden servir en semejante camino, y que deben ser tratadas como las tratan. El postillon a la cabeza elige los sitios por donde puede pasar la diligencia; el zagal estimula á los animales pegando y gritando, y el mayoral mantiene firme el tiro. Los viajeros en el interior del carruaje que resiste bastante bien á ese increíble movimiento, ruedan, saltan, se dan de coscorrones, nadie se ocupa de ellos. Pero ¿porqué no se gobierna el camino? se preguntará. No hay duda que á fuerza de dinero se podría poner en buen estado, pero es de advertir que durante nueve meses del año ese camino está abrasado, reducido á polvo por el sol; las piedras se desprenden y queda un barranco. Llega la lluvia, que viene siempre á torrentes, arrastra todo eso, y entonces ya no hay mas que agujeros y piedras. La Cataluña carece de grandes valles por donde puedan correr sus aguas; no tiene mas que cerros desgarrados por los torrentes y pelados en parte. Los ferro-carriles serán allí una verdadera Providencia.

Nos detenemos una hora en Gerona para que refresquen nuestros conductores y se cambien las mulas. Yo aprovecho el tiempo visitando la catedral, uno de los mas vastos y ricos edificios de Cataluña. El exterior no presenta nada que pueda llamar la atención del inteligente; pero el interior, formado de una vasta y única nave, cuya perspectiva está echada á perder por el coro colocado en medio, encierra un altar mayor que es una obra maestra de platería y de incrustaciones de piedras preciosas, así como varios sepulcros sumamente interesantes, entre otros el de Ramon Berenguer, conde de Barcelona.

Después doy un paseo por la ciudad que se parece mucho á Perpiñan, y que está rodeada de fuertes, de los cuales el principal es el castillo de Montjuich. Esto me hace recordar que la valerosa, la patriótica, la heroica Gerona sostuvo un sitio contra los franceses, que puede compararse con los de Zaragoza y Tarragona, segun manifiestan los autores españoles en sus historias de la guerra de la Independencia. El hecho es que el ejército francés, al cabo de muchos asaltos sucesivos é infructuosos, tuvo que reducir á la inmortal ciudad por el bloqueo y el hambre. Durante siete meses y cinco días, la guarnición y la población sufrieron inauditas privaciones. En fin, privada de su valeroso comandante Alvarez de Castro, que estaba moribundo, devorado por el tifus, la fiebre y el hambre, Gerona debió rendirse, reducida, pero no vencida. ¡Heroica ciudad!...

Los catalanes están muy orgullosos con su Barcelona, y la proclaman la mas hermosa y la primera ciudad de España por su comercio y su industria; no se equivocan. Barcelona es digna de figurar al lado de sus hermanas de las costas de Francia y de Italia, digna por su admirable situación, su hermoso clima, sus magníficos paseos y la actividad de sus habitantes. El extranjero, que tanto ha oído hablar de la incuria, la suciedad y el descuido de las poblaciones en España, se encuentra agradablemente sorprendido al apearse en la fonda de las Cuatro Naciones, ó en la del Oriente en la Rambla. Para dar una vuelta por Barcelona, se debe salir de este punto céntrico, la Rambla, vasto bulevar interior plantado de árboles que desemboca por un lado en el paseo á la moda, el Paseo de Gracia, y por el otro en el mar. Nada mas animado y mas variado que el aspecto de la población reunida en ese sitio. En la Rambla están las principales fondas, los cafés, los dos grandes teatros, de los cuales uno, el Liceo, el mas vasto edificio de este género en Europa, fué incendiado dos meses despues de haber estado ya en Barcelona. Se cuenta que tratando los barceloneses de construirse un teatro de ópera, hicieron lo que los buenos canónigos de Sevilla respecto de su catedral; quisieron que el teatro tuviese las mayores dimensiones que se conocen. Tomaron la disposición interior de la Scala de Milan aumentando las proporciones. Había en este teatro 168 palcos, 1,400 lunetas ó butacas, y el escenario, que contaba 70 piés de abertura sobre 65 de alto, ocupaba una superficie de 8,000 piés. Todo esto ya no existe, pero próximamente volverá á renacer de sus cenizas. ¡Dos teatros de ópera en una ciudad de 160,000 almas! Preciso es confesar que hay mucha afición á la música en Cataluña.

Detengámonos al paso delante de esos grupos de mozos de cordel catalanes, fornidos y robustos, á fe mía, con el gorro frigio puesto de lado, y envueltos en su manta de brillantes colores, como el escocés en su tartan. Ya la mantilla y el velo que tanto adornan el cuello y la ganganta se cruzan con los sombreros á la última moda de París, haciendo parecer á estos últimos lo mas ridiculo que ha podido inventarse. ¡Ah! si las señoras españolas supieran lo bien que está la mantilla sobre la magnífica cabellera que poseen, no permitirían que la reemplazara el sombrero.

Llegados al mar, bajando la Rambla, continuaremos nuestro paseo por un vasto terrado que se llama la Muralla de Mar, donde se reúnen de doce á dos, sobre todo en el invierno, las personas mas elegantes de Barcelona. Varias veces por día iba yo á ese sitio á respirar y á disfrutar de la hermosa vista que desde allí se descubre. Las olas lamen el pié de la muralla; enfrente se extiende la rada del Mediterráneo; á la izquierda está el puerto con su bosque de mástiles y sus vapores siempre en movimiento; á la derecha se alza el negro peñón de la fortaleza de Montjuich cuyas troneras dominan la ciudad y el puerto, todo esto bajo un cielo y un

sol de España, con una mar del azul mas oscuro. Es un paisaje digno de Claudio, y jamás se cansa uno de admirarle.

La Muralla de Mar conduce por una cuesta suave á la plaza de Palacio precedida de una ancha calle con soportales. En esta plaza se encuentra el palacio de la Reina, edificio cuadrado, de estilo gótico, y en cuya fachada han pintado al fresco ornatos que no posee. Enfrente están la Lonja y la Aduana, de una arquitectura que deja menos que desear. En el centro de la plaza se eleva una fuente monumental de marmol de Carrara, donde han representado bajo el emblema de matronas las ciudades de Barcelona, Lérida, Tarragona y Gerona, con sus atributos. Todo este conjunto, sean cuales fueren los defectos de detalle, tiene un aspecto grande y majestuoso. Por lo demás, Barcelona, como todas las ciudades de España donde el agua es la primera necesidad de la vida, posee un crecido número de fuentes, entre las cuales hay algunas que son notables por su estilo.

La catedral, bajo la advocación de Santa Eulalia, es del siglo XIII con partes del XIV y del XV. El exterior está por concluir, y las casas que la rodean impiden que se vea completamente. El interior está dividido en tres grandes naves, por desgracia tan mal alumbradas, que es imposible descubrir los pormenores de su arquitectura. El altar mayor es un templete gótico, recortado, cincelado, dorado, es una joya. El santuario está elevado sobre la capilla subterránea de Santa Eulalia. A esta se baja por una escalera de veinte escalones; la urna que encierra los restos de la santa esta sostenida por ocho columnas de jaspe.

Me he entretenido mucho en examinar las esculturas de los artesanos y de las sillas de coro, y puedo decir que acusan un trabajo de una paciencia y de un acabado increíbles. Antes de haber estudiado con detenimiento la escultura en madera de los retablos y de los coros de las iglesias, nadie podría formarse una idea del grado de perfección á que llegó este arte en España.

Había pasado una semana en Barcelona examinándolo todo, las iglesias, los museos, los hospitales admirablemente administrados, las manufacturas y hasta la amenazadora fortaleza de Montjuich, que parece puesta allí de intento para contener á la población catalana un tanto turbulenta; pero me quedaban que hacer dos excursiones, una á Monserrat, romería célebre en España, y otra á las islas Baleares, tan notables por sus sitios pintorescos, su vegetación y sus poblaciones tan llenas de originalidad. Me falta espacio para contar los incidentes y las impresiones de estos dos paseos. Las vistas que reproducimos aquí darán una idea del puerto de Mahon, la capital de la isla de Menorca. Este puerto es quizá el mas vasto y el que presenta mejor abrigo de todos los del Mediterráneo. El cabo Mola a la derecha y el fuerte de Felipe á la izquierda forman la entrada, y la ciudad acusa en el fondo el carácter mas pintoresco. Los habitantes de las islas Baleares hablan un dialecto catalán, y parecen pertenecer á la misma raza que sus vecinos del continente, aunque no tienen ni la viveza ni la energía de estos últimos. Su traje no me parece gracioso comparado con los del Mediodía de la España. Sin embargo, diremos que entre las mahonesas hay caras hermosísimas; en cuanto á tipos de belleza española, la criatura mas admirable que he visto yo era una mahonesa.

(Se continuará.)

Un año de matrimonio,

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

El coronel se sustraía durante muchos ratos al enojo de la presencia de su mujer encerrándose en su aposento, y una vez que habia despachado sus negocios, mataba las horas en el cuartito donde habia pasado su vida de soltero leyendo, fumando y pensando con dolor en aquellas ilusiones que se habia forjado allí mismo sobre un porvenir mas dichoso.

Lavinia corria tambien á su gabinete, y pasaba horas enteras contemplando las grandes rocas que se alzaban delante de su ventana, y preguntándose con estupor cómo la primavera podia jamás embellecer un paisaje tan triste ó alumbrar un horizonte tan sombrío.

La ausencia de vecinos, ó al menos de vecinos agradables, no dejaba mas recurso que la actividad para libertarse del aburrimiento; pero ¿qué móvil ó qué fin habria hallado para ejercerla en aquel hermoso Rosenborg donde nada faltaba, donde todo era tan elegante y tan cómodo?

Y sin embargo, á pesar de aquellas brumas interiores y exteriores, á pesar del enojo, á pesar de la ociosidad, los recién casados no experimentaban el deseo de distraerse frecuentando la escasa sociedad que les ofrecía el vecindario.

Cuantas veces Hermann proponía con timidez á su esposa el principiar á pagar las visitas que recibían, Lavinia se quejaba de dolor de cabeza, y aun cuando no le hubiese dirigido una sola palabra en todo el día, el coronel contestaba con una graciosa sonrisa al pretexto de su esposa. Las visitas habian sido siempre una plaga para él, y se felicitaba de no tener que hacerlas por los obstáculos que constantemente le oponía Lavinia.

De este modo pues, todas las noches que habrían de-

bido emplear en cumplir sus deberes sociales, las pasaban juntos; el coronel, sentado cerca de la joven, observaba maravillado la rapidez con que sus blancos y torneados dedos manejaban la aguja, y se complacía en verla ocupada, aunque no manifestara su satisfacción con los ojos ni con la boca. Durante aquellas largas veladas, su conversacion se refería siempre á las niñas. A veces el coronel hablaba de sus viajes, describía los lugares que habia visitado, las ruinas que mas habian llamado su atencion, y para darla de todo ello una idea bien clara, solía tomar un lapiz y se ponía á dibujar de memoria los sitios de que estaba hablando. Entonces, cuando inclinados ambos sobre la mesa, Lavinia escuchaba atentamente las relaciones de su marido, la conversacion se animaba de repente, la violencia que por lo comun se hacían los dos desaparecía, y disfrutaban rápidos instantes de un placer fugitivo. Pero al día siguiente volvía á reinar entre ellos la frialdad ceremoniosa de costumbre, y la noche anterior no les aparecía mas que como un sueño del que se habian despertado.

De este modo pasaron seis semanas.

— Es muy singular, se decía el coronel pensando en ese tiempo, que hayamos podido bostezar tanto durante seis semanas, y que nos sintamos con tanto valor para seguirlo haciendo en los restantes.

Y Lavinia exclamaba:

— ¡Alabado sea Dios! ¡la octava parte del plazo ha transcurrido!

VIII.

— Entrad ya, señor mayordomo, bastante os habeis limpiado los piés. Acercaos á la lumbre; es una verdadera bendición del cielo que hayais llegado hoy á fin de que podamos hablar entre nosotros razonablemente mientras están ausentes los amos.

Esto decía la buena Teresa Brunsberg extendiendo un mantel sobre la mesa y poniendo dos cubiertos.

Era un domingo, la doncella estaba sola en casa, y el sargento, ausente hacia quince días por negocios de su amo, se apeaba apenas del carruaje cuando le llamaba, como hemos visto, su antigua y excelente amiga.

Hacia un par de años que existía una íntima amistad entre el mayordomo y Teresa, y si las cosas no habian llegado á punto de una explicacion que habria confundido sus destinos, no era seguramente por culpa de ella, pues en tanto que lo permitían su dignidad y su modestia, habia dado todos los pasos oportunos, y le habia dado á entender muy á las claras que en su favor consentiría en olvidar al difunto sargento que habia fallecido hacia años. Pero Stacke, hombre siempre apacible y silencioso, era sobre el capitulo del amor mas silencioso y apacible todavía, y no comprendía ninguna de las indirectas, ni se imaginaba que las atenciones de Teresa, las cucharas de plata sacadas de su cómoda y puestas á su vista, y el calculo cotidiano de las rentas reunidas con sus ahorros, eran otras tantas baterías asestadas contra su celibato. Agradecía mucho los obsequios, admiraba todo lo que veía y hablaba á menudo fumando la pipa con uno de sus compañeros, de las trascendentales virtudes de la extraordinaria Teresa Brunsberg, pero jamás habria pensado en ofrecerse á una persona tan notable; y de este modo pues, cuando entramos se hallaban sentados á la lumbre, y él escuchaba á la digna matrona lo que decía con tono compungido sobre el aislamiento de un solteron y el triste fin que le esperaba, sin nadie para servirle ni cuidarle en su vejez, el valiente soldado se hallaba muy lejos de pensar que ella solicitaba el favor de ser su compañera y servidora hasta el último instante de su vida.

— ¿Con que están ausentes los amos? preguntó el mayordomo tomando, despues de muchos saludos, el puesto que le designaba risueña su buena amiga, en tanto que esta cargaba generosamente su plato con los bocados mas selectos.

— Si, el señor pastor ha venido á convidarlos á comer, y como la señora queria asistir al servicio, han salido temprano.

— ¿Y los otros días se han estado en casa como de costumbre?

— Si, por cierto; pero ha venido gente, el martes de Rawstasor, y el viernes de Klewe. Las visitas no faltan, pero entre nosotros, creo que es otra cosa lo que falta... otro alon de pato, señor sargento.

— ¡Hum! exclamó Stacke, cuyo parecer no era nunca mas que una enérgica confirmacion del de Teresa, seguramente creo que es otra cosa lo que falta... pero tengo bastante pato; de veras, tengo bastante.

— ¿Sabeis alguna cosa de particular, señor mayordomo?

— ¡Oh! no; no sé nada.

— Pues amigo mio, no se tienen ojos para no ver, ni oídos para no oír; pero lo que ven los ojos debe callarlo lo boca, y lo que oyen los oídos, la lengua no lo debe nunca decir... ya sabeis que tal es mi sistema. Sin embargo, entre nosotros no hay secretos, y os hablo como si me hablara á mi misma. El coronel... si, el coronel... ¡oh! yo me entiendo... podeis estar seguro.

El sargento repitió con energía la señal misteriosa que hizo con la cabeza Teresa Brunsberg, y dejó su tenedor y su cuchillo para prestar una atencion completa á sus palabras.

— Sargento, á vos os lo digo, á vos solo, el coronel es un hombre que jamás será dominado por una mujer.

— ¡Jamás! repitió Stacke muy convencido.

— Y por eso, continuó la perspicaz doncella, ningun

casamiento le hará dichoso... él y su mujer se aman como dos piedras.

— ¡Como dos piedras! exclamó el mayordomo meneando la cabeza con aflicción.

— Y así es; Dios sabe que toda idea de matrimonio está bien lejos de mi cabeza, pero no obstante, si por una casualidad yo llegara á tomar otro marido, mis sentimientos serian muy diferentes, me acordaria mejor de las palabras del sacerdote, y no abandonaria á personas extrañas el cuidado de mi interior.

— ¡Oh! exclamó el mayordomo haciendo un esfuerzo de galanteria, la señora habrá notado sin duda que cumplis perfectamente con esos deberes.

— Confieso que no me cogen de nuevo, dijo Teresa con evidente satisfaccion.

— Pero, añadió Stacke con acento triste, preciso es decir que el coronel se ocupa poco de ella; nunca le he visto ir tanto de caza; diríase que su interior se le ha hecho insoportable.

— Es verdad que caza muy á menudo; sin embargo, en estos quince dias se ha contenido un poco.

— ¿Pero porqué se ha casado con ella si no puede sufrirla? preguntó el sargento con su inflexible lógica.

— Eso es lo mas extraordinario. Entre nosotros, sargento, no creo que la deteste tanto, aunque está con ella frío como una estatua. Anteayer, que entré en el salon muy temprano, le hallé apoyado en la chimenea mirando con atencion al espejo, y la puerta del cuarto de la señora estaba abierta detrás de él, mientras en el fondo de ese cuarto la puerta del gabinete de tocador lo estaba igualmente...

— ¡Ah! ¡estaba abierta! dijo el sargento con idiotismo, pues no comprendia absolutamente nada; pero queriendo interpretar el aire misterioso de Teresa, añadió: ¡Es bien extraño!

— ¿Qué ha de ser eso extraño? dijo la criada; lo particular es que la señora estaba en el gabinete delante del tocador peinándose su hermoso cabello, y que cuando el coronel me vió se sonrojó y se puso á buscar en su derredor diciendo que se le había perdido el pañuelo.

— ¡Ah! Entonces será ella la que no le puede sufrir.

— A saber. Cuando están juntos no se dicen cuatro palabras, á menos que no se trate de las niñas; pero cuando el coronel está fuera, he observado, sobre todo en estos últimos tiempos, que la señora se asoma á la ventana como para verle llegar, y en cuanto le distingue se retira, ó al menos, cierra las cortinas. Sin embargo, yo creo que no le ama.

— Es evidente que no han sido hechos el uno para el otro, dijo el sargento.

— Sin duda; otras personas se convendrian mucho mejor, dijo con intencion la maliciosa Teresa.

— ¡Oh! si, por ejemplo, el baron y la baronesa de Klewe, exclamó el sargento, que no había comprendido la alusion.

— No queria yo hablar de ella, dijo Teresa un tanto picada; pero no comeis, señor mayor, y se enfriará la salsa.

Durante esta conversacion, Lavinia y el coronel subian lentamente la escalera de la iglesia.

Al ver una pareja tan hermosa, los vecinos murmuraban entre si:

— ¡Da gusto verlos! Y sin embargo, dicen que no se armonizan sus caracteres; el coronel, ni la mira. ¡Qué diferencia entre ellos y el baron y la baronesa! El baron, el primer dia que llevó á misa á su mujer no la quitaba los ojos, ¡y qué comparacion tiene con esta!

Algunas de estas observaciones llegaron por acaso al oido del coronel, pero no por esto hizo mas caso de su esposa; no obstante, una curiosidad involuntaria le hizo alzar los ojos hacia aquella cuya belleza todos admiraban, ¡y qué sorpresa! ella tambien fijaba en él una mirada incierta. Ambos atónitos al sorprenderse así en un acto tan contrario á sus costumbres ceremoniosas y reservadas, volvieron la cabeza sonrojándose; pero en aquella mirada reciproca habia una especie de inquietud, de turbacion, quizá porque ya sabian demasiado acerca de ellos, pues Lavinia habia comprendido tambien el doble sentido de aquellos cuchicheos.

Uno de los bancos de la iglesia pertenecia á la familia Rosenborg, y era un banco apartado situado en el coro, desde el cual se veia toda la iglesia, como un teatro de un palco de proscenio.

Hermann llevó á ese banco á su mujer, y al levantarse de la silenciosa oracion que ella habia hecho, descubrió la ligera forma de una mujer jóven y hermosa, que fué á ponerse de rodillas en el otro lado del coro sobre un banco igual al suyo.

¡Cosa extraña! distinguió que todas las miradas de los presentes seguian á aquella jóven al puesto que acababa de tomar; estaba pálida, de una palidez sorprendente, que sin embargo desapareció un momento cuando respondió al profundo saludo que la hizo el coronel.

Lavinia se volvió hacia su marido y le vió en pié todavia y mirando á la jóven; cuando por fin se sentó, suspiró varias veces.

Los bancos se llenaban, y la jóven continuaba siendo objeto de una atencion casi insolente; su rostro palidecia mas y mas, y para sustraerse á todas aquellas miradas irónicas ó compasivas, clavaba la vista con una fijez dolorosa en su devocionario.

— Lavinia, exclamó el coronel volviéndose hacia su esposa, cuando se levante esa jóven que acaba de entrar, me hareis el favor de saludarla.

— ¿Quién es?

— Una infeliz... pero ¿tiene necesidad de otra recomendacion que la de su desgracia?

— La vuestra basta, dijo Lavinia herida con esta respuesta.

— Pues bien, que deba á la mia la señal de estimacion que reclamo, dijo Hermann con un tono de voz que manifestaba un descontento involuntario.

En la cabeza de Lavinia comenzaban á surgir confusos pensamientos.

¿Porqué se interesaba así por aquella mujer, cuando era hombre que generalmente no honraba á nadie con su atencion?

¿Porqué manifestaba una consideracion tan marcada, y exigia que ella la demostrara tambien, á una mujer que miraba todo el mundo con una sorpresa ofensiva?

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Placeres del invierno. — Los salones aristocráticos. — Soirées literarias de la princesa de Solms. — Un traje de Marquesa Pompadour y otro de napolitana. — Tocados típicos para disfraces. — Trajes de baile á la órden de la elegancia. — Vestido y manto de córte. — El vestido Imperio y el vestido Czarina. — Un traje de cuento de hadas. — Descripción del figurin de este número, que representa prendidos de baile.

Al fin Paris se pone en movimiento, y las Tullerías han dado la señal de los placeres con un gran baile. S. A. I. la princesa Matilde ha abierto igualmente sus salones; todas las noches hay recepcion no oficial, donde se muestra el mundo letrado al lado del mundo oficial y de la diplomacia. Lo mismo sucede en casa de la marquesa Rosen Giovini, princesa Julia Bonaparte; en casa de la duquesa de Castellane, de la duquesa de Galiera y de la duquesa de Rauzan. En cuanto á la princesa de Solms y madama Virginia Amelot, continúan sus soirées literarias que tienen tanta boga. Se han repetido las piezas inéditas tituladas *la Hora del Pastor* y *la Posada de la Madona*; en la primera, la princesa representaba un papel de cortesana del tiempo de Pompadour, y en la segunda hacia de napolitana.

Voy á describir sus dos trajes, que podrán servir de modelos á mis amables lectoras.

Su traje de Marquesa de Pompadour excitó una admiracion unánime. Su vestido de terciopelo color de rosa arrastraba como un manto de córte, y estaba recogido sobre los lados en forma de tontillo Luis XV, con cuerdas de plata.

Los contornos estaban marcados con una ruche de tul ilusion y de blonda realzada con una cinta de raso azul.

Sobre este rizado serpenteaba una guirnalda de rosas bañadas de polvo diamantino. Luego habia penachos de plumas azules, ramos de rosas y flores de diamantes prodigados con tal profusion, que deslumbraban la vista.

Estas pedrerías estaban sembradas por todo el vestido, en el delantero de la falda, en los lados, en medio de las plumas y de las rosas, en el cuerpo que parecia cubierto de brillantes, y hasta en la cola del vestido, que se abria sobre un delantal de raso blanco.

Olvidaba un riquísimo encaje que orlaba los contornos azules. El tocado era digno del traje. — Plumas azules, rosas y girandolas de brillantes en una peluca empolvada.

En cuanto al aire de la persona, si la Pompadour la hubiese visto, no hay duda que habria exclamado:

— ¡Cómo se me parece!...

El traje de napolitana habia sido hecho como el anterior, por madama Gauguin, con una exactitud característica.

El corpiño era encarnado con justillo amarillo oro que dibujaba el talle sobre un camisolin plegado de muselina blanca.

Tenia tres faldas, todas cortas. Una encarnada ribeteada de terciopelo negro, otra amarilla con terciopelo encarnado, y otra de tarlatana adornada de flores silvestres y recogida de distancia en distancia por lazos de terciopelo.

La hechicera princesa llevaba en la garganta siete sartas de perlas alternadas; perlas en oro cincelado, y perlas en coral de rosa.

El tocado era un ramillete de tres rosas de terciopelo, con las armas sicilianas.

Puesto que trato de disfraces, hé aquí algunos tocados típicos que corresponden cada uno á un prendido especial.

— Un tocado aragonés hecho con un pouff de terciopelo purpurino prendido de lado y con puntas colgantes de encaje negro y agujetas de diamantes.

— Otro de aldeana coqueta del tiempo de Luis XV, reproducido con una corona de blonda y de rosas colocada en lo alto de la cabeza y cayendo por detrás en alas de blonda. Al lado un ramo de rosas.

— Para diosa del fuego un bandó de terciopelo purpurino bordado de cequíes de oro con girandolas de perlas de oro serpenteando al rededor de la cabeza.

— Para una camarera Luis XV, una gorrita Camargo de blonda con pouff de cinta y rodete de blonda.

— Un sombrero maconés de terciopelo negro y encaje negro con agujetas de oro.

— Un tocado ateniense reproducido con un chal de gasa de Brusa enroscado en forma de turbaute y sostenido con una profusion de joyas argelinas.

— Un tocado armenio compuesto de una banda de terciopelo purpurino retorcida en forma de cordon, figurando una roseta al lado, y con sus dos puntas flotantes bordadas de oro y con franja de oro. Sobre todo el adorno corre un cordoncito de perlas.

Pasemos ahora á los trajes de baile.

Hé aquí dos muy artísticos y muy admirados.

El primero es de tafetan lila de Persia con un gran rizado de tul que sube hasta media falda, y sobre el cual está dispuesto un volante de encaje ondulando un feston y escapándose en cada punta en coca de encaje, de una corona de tafetan lila. En el

bajo del rizado una ruche de tafetan lila corre por toda la falda. El cuerpo describe un corazón de tul ilusion, con ruche de cinta lila, que orla el corazón y forma hombrera.

Este vestido no lleva mangas. — Aviso á las que tengan buenos brazos y deseen lucirlos.

El otro vestido es de tafetan blanco antiguo y está cubierto con una falda de tul rizado y con un volante estrellado de oro que cae sobre esta primera falda. Una túnica de tul describe una tercera falda y lleva al rededor un plegado de raso color de rosa dispuesto en medallones, del que se escapa en pouff la falda de tul. Hay ocho medallones, y por consiguiente ocho pouffs de tul.

Es el género Pompadour mas completo.

Un grueso cordon de oro sostiene el plegado y se anuda sobre las ondas de tul cayendo en tres borlas de oro.

El adorno es de un efecto extraordinario.

Sobre el cuerpo se ven cinco bandas de tul rizado rodeadas de un plegado de raso color de rosa con cordaje y borlas de oro.

La señora de Leverrier, el famoso astrónomo, llevaba este magnífico vestido, en las recepciones imperiales del 2 de enero.

Todo el prendido iba cubierto con un manto de córte de tafetan blanco antiguo sembrado de ricos medallones de terciopelo cincelado, con reflejos de pedrerías de colores.

Los medallones brillaban de rubíes y esmeraldas, y el manto estaba adornado con un plegado color de rosa. Sobre el plegado corria un ancho bullon de tul con grueso cordon de oro.

En cuanto á vestidos mas sencillos, citaré los que siguen.

— Un vestido Diana de Poitiers de raso blanco guarnecido de cocas de blonda dispuestas en el bajo de la falda y subiendo sobre el delantero en forma de faja, con ramitos de « no me olvides ».

— Un vestido Imperio de crespón liso blanco adornado al estilo de la época, con pequeños volantes verde y blanco reunidos por un bullon de crespón blanco esmaltado de florecillas silvestres.

— Un vestido de crespón malva rosada con pequeños volantes de crespón orlados de blonda puestos al sesgo á media falda. Parecia un abanico de crespón. Sobre este adorno de volantes menudos, ramitos de lilas deshojadas de distancia en distancia. Sobre el vestido ondea una túnica de tul bordada de plata recogida por un lado con un penacho de plumas lila. El tocado se compone de una diadema de hojas de plata con ramitos de lilas.

— Por último, un vestido de raso verde náyade con volante de blonda descansando en el bajo de la falda en un bullon de tul verde, — y túnica de tul verde recogida de distancia en distancia con largos cordones de hojas escarchadas y madreselva esmeralda.

Antes de entrar en la descripción del figurin, voy á presentaros un traje ruso de calle y de baile, que obtiene un éxito prodigioso en Paris, aunque no sé si el uno de ellos convendrá á vuestro clima privilegiado.

El primero es un vestido Czarina de terciopelo verde guarnecido de chinchilla con macfarlane de terciopelo adecuado al color y adornado con una esclavina forrada de chinchilla. Todos los contornos del vestido van orlados de la misma piel. Sombrero de terciopelo verde con muchas plumas verdes y grises.

El segundo es un vestido de tul sembrado de estrellas de oro rizado horizontalmente. Cada rizado estaba separado por crestas de oro, lo que producía el mas bello efecto. Su corte era muy abierto hacia abajo, y se iba estrechando hasta las caderas. Sobre esta falda flotaba un velo de tul prendido con un ramillete de plumas blancas y flores y hojas de oro. El tocado consistia en un bandó griego de oro con dos plumas blancas en forma de cuernos ensortijados con grupo de flores y hojas de oro que caia encima de la frente.

Hé aquí ahora la descripción del figurin.

La jóven que está sentada lleva un vestido de raso verde adornado con un plegado que se abre sobre un rico delantal compuesto de una série de pequeños volantes recortados. El plegado y los volantes del delantal forman sobre el cuerpo un delantal muy gracioso. El plegado sube en hombrera y baja por detrás á guisa de berta. Las mangas llevan dos pequeños volantes de raso y un bullon de tul. Collar de esmeraldas. Tocado formado de un pouff de rosas con pluma blanca sostenida por una rosa. Brazaletes en armonía con el collar y abanico Watteau.

La niña que sigue tiene un vestido de tafetan malva ribeteado con una ruche de terciopelo negro. El cuerpo lleva un cinturón catalán compuesto de un cuadro de terciopelo negro con tirantes de tafetan orlados de terciopelo negro y de encaje. Las largas puntas del cinturón caen de lado. En la cabeza, pouff de margaritas lila, con pompon de yerba.

El tercer traje es de crespón color de rosa. La primera falda lleva tres volantes de crespón con una doble ruche de tul rosa. Sobre este vestido ondea un largo velo de tul recogido con broches de rosas. El cuerpo tiene una berta redonda por detrás y que se cruza en fichu por delante, reproducida con volantitos de crespón y ruches de tul. — Tocado de rosas, yerba y follaje. Peineta con galería de diamantes.

El último traje, que apenas se distingue, es de tarlatana blanca y va adornado con treinta pequeños volantes recortados. La falda no lleva ningun adorno. El cuerpo tiene un fichu reproducido con iguales volantes y un lazo de primaveras de China sobre cada hombro y en medio del fichu. En la cabeza primaveras sembradas al acaso. — Salida de baile persa de cachemira azul rayada de pasamanerías.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El Poeta anónimo de la Polonia.

El poeta cuyo retrato damos con este artículo, ha ejercido sobre sus compatriotas una influencia ostensiblemente atestiguada por los acontecimientos que ocurren en Polonia desde hace un año. Durante su vida su nombre estuvo rodeado de misterio, y aun en los tiempos de sus triunfos mas gloriosos no quiso ser sino

el poeta anónimo de la Polonia. — La historia ofrece pocos ejemplos de semejante abnegación, y según la expresión de uno de sus compatriotas, que fué también su amigo (M. Julian Klaczko en la *Revue des Deux Mondes* del 31 de diciembre), la sorpresa causada por esa resolución del poeta es conmovedora cuando se sabe « que ese acto de obstinada renuncia lo fué al propio tiempo de dolorosa expiación; que con ese silencio que el autor guardaba constantemente sobre sí mismo, imploraba en cierto modo el silencio sobre otros, y que fué un hijo que inmolaba generosamente su memoria, á fin de rescatar la de un padre culpable. »

Sigismundo Napoleon, conde de Korwin Krasinski, nació en 1812, y le tuvo en la pila del bautismo Napoleon I. Su familia era antigua, y había contraído alianzas hasta con casas reinantes. Su padre, el general Vicente Krasinski, descendía de uno de los jefes de la confederación del Bar, y había reemplazado al príncipe Poniatowski en el mando del ejército polaco al fin del Imperio. Después figuró en las Cámaras del reino de Polonia; pero su voto como senador en un proceso de conspiración juzgado en 1812 hirió profundamente el sentimiento nacional, y con este motivo su hijo recibió en la plaza pública, de sus compañeros de escuela, uno de esos ultrajes sangrientos de que nada puede consolar al hombre de honor. Entonces dejó su país y se fijó por algún tiempo en Roma.

Al saber la insurrección nacional de 1830, partió inmediatamente para Polonia; pero una dolorosa noticia que llegó a sus oídos en Berlín le detuvo de repente. Su padre, que cayó en Varsovia en poder de los insurrectos, prometió consagrarse á la causa nacional, y poco tiempo después marchó secretamente á San Petersburgo. El hijo volvió á tomar el camino que había llevado, y desde entonces vivió casi siempre en el extranjero. En medio de pruebas tan terribles, se sintió poeta, y resolvió dedicarse enteramente a su patria, sin poner

jamás su nombre en sus poemas. El 24 de febrero de 1859 ha muerto en París ignorado hasta de la mayor parte de sus amigos.

Sus principales obras son: *la Confesion Infernal*, *Iri-*

dion, poemas dramáticos; un *Fragmento*, *la Tentacion*, *el Sueño de Cesara*, *la Noche de Navidad*, *la Aurora*, *los Salmos del Porvenir*, y un pequeño poema imitado recientemente en francés por M. V. de Laprade, *Resurrecciones*. — En honor del poeta anónimo debemos añadir aun que no buscó la popularidad lisonjeando las pasiones de sus compatriotas.

« El que tanto necesitaba ganarse los favores de la opinión, ha dicho con justicia M. Klaczko, casi siempre la ha desafiado en sus inclinaciones y sus caprichos. » Fiel al sentimiento nacional, supo resistir á los extravíos del patriotismo. Predicó á los oprimidos y á los vencidos la impotencia del odio, y glorificando sin cesar la idea de un martirio sin combate, de una resistencia moral, fué como dió á su nombre y á su memoria, según hemos indicado al principio de estas líneas, un nuevo lustre con el espectáculo que desde hace un año su país está ofreciendo al mundo.

A. L.



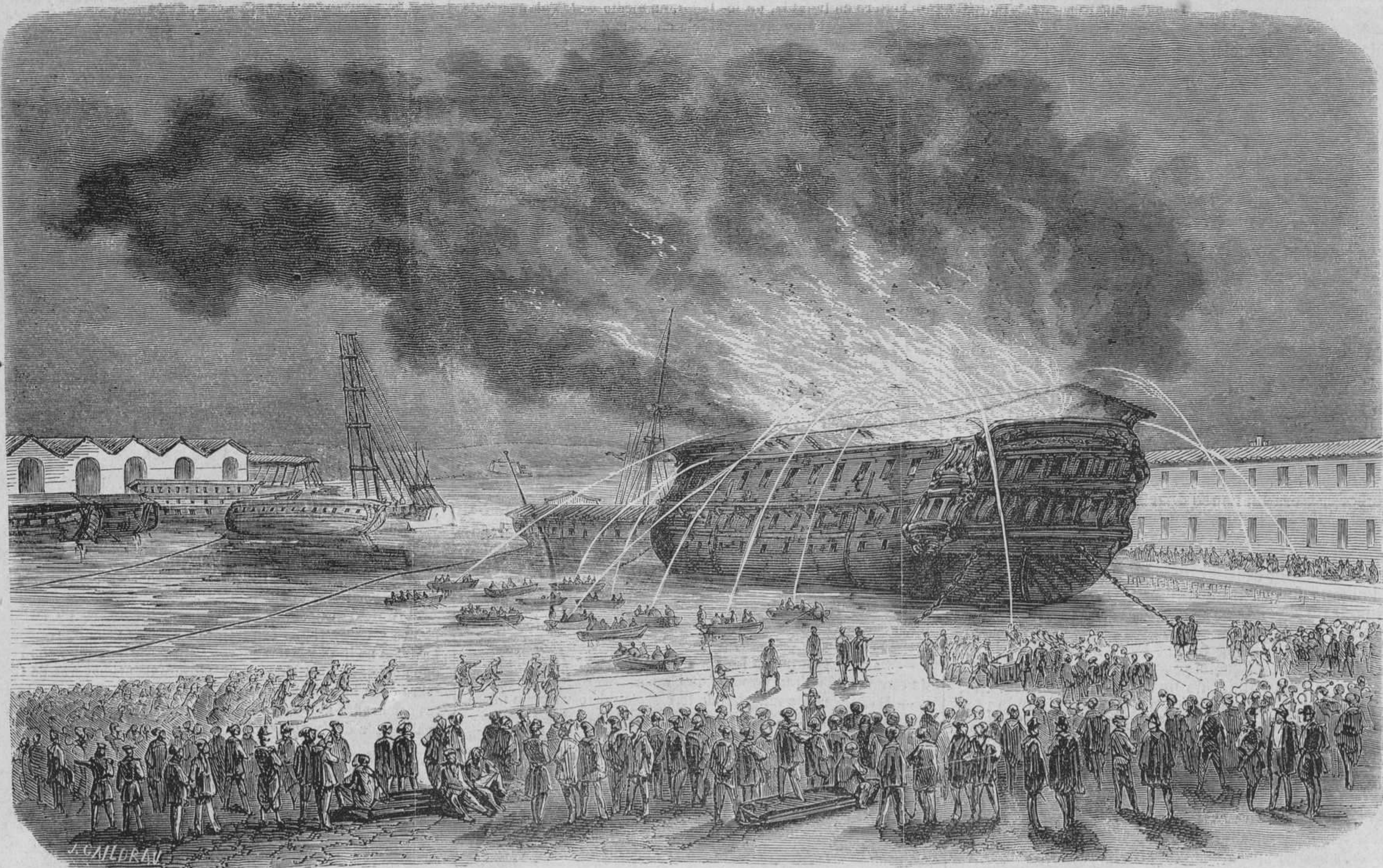
El Poeta anónimo de la Polonia.

Incendio

DEL PRESIDIO MARITIMO EN TOLON.

En la noche del 5 de enero último la población de Tolon se despertó al ruido de dos cañonazos y de las campanas que tocaban a rebato. Era que se había incendiado el *Santi-Petri*, buque que servía de presidio marítimo, y que encerraba a bordo ochocientos presidiarios. El fuego se había prendido en la techumbre, ligera armazon con un lienzo calcinado por el sol. El *Santi-Petri*, colocado en el ángulo de la antigua dársena junto al muelle con los cuarteles y el hospital del presidio, y fondeado a proximidad del navio almirante el *Muiron*, tenía a todo el arsenal en un peligro inminente.

Sin embargo, gracias a los socorros, en pocas horas dominaron el fuego y no pereció nadie.



Incendio del *Santi-Petri*, presidio marítimo en Tolon.